

NOVELAS EJEMPLARES

MIGUEL DE CERVANTES

Adaptación de Federico Villalobos



Clásicos escolares

NOVELAS EJEMPLARES

MIGUEL DE CERVANTES

Adaptación de FEDERICO VILLALOBOS

Ilustraciones: Pablo Ruiz



© Adaptación del texto: Federico Villalobos

© Ilustraciones: Pablo Ruiz

© Edición: Consejería de Educación de la Junta de Andalucía

Coordinan: Dirección General de Ordenación y Evaluación Educativa y
Asociación de Editores de Andalucía (Alicia Muñoz)

Diseño gráfico: Forma Comunicación

Maquetación: Ángel González

Edición NO VENAL

Depósito legal: MA-350-2011

Impreso en España

IMAGRAF IMPRESORES - Málaga

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

La ilustre fregona	7
Rinconete y Cortadillo	55
El licenciado Vidriera	95

LA ILUSTRE FREGONA

7

Hace mucho tiempo vivían en la noble y famosa ciudad de Burgos dos ricos e importantes caballeros llamados don Diego de Carriazo y don Juan de Avendaño. Don Diego tuvo un hijo al que puso su mismo nombre, y don Juan otro al que llamó Tomás.

Trece años o poco más tendría el joven Diego cuando decidió dejar a sus padres e irse a conocer el mundo viviendo como un pícaro. Los pícaros sufrían muchas privaciones, pero a cambio vivían una vida libre, y Diego estaba tan contento con esa libertad que no echaba de menos las comodidades de su casa. No le cansaba andar, y el frío y el calor le parecían fáciles de soportar. Para él todo el año era primavera, y dormía igual de bien sobre la paja de un mesón que en el colchón más mullido.

En los tres años que pasó fuera de su casa, Diego aprendió tantos trucos y artimañas que habría podido dar lecciones al mismísimo Guzmán de Alfarache, el más famoso de los pícaros. Era un pícaro poco común, virtuoso, limpio y bastante sensato. Aunque se codeaba con gente de la peor calaña, nunca dejó de ser generoso con sus camaradas. Pasó por todos los grados de la educación picaresca, comenzando por el de aprendiz, hasta que se graduó como maestro en las almadrabas de Zahara, donde se pescan los mejores atunes del mundo y se reúne la flor y nata de la picardía.

8 A las almadrabas de Zahara se las consideraba la mejor academia de la vida picaresca. Quien no hubiera pasado en ellas al menos dos veranos no podía decir que fuera un verdadero pícaro. Allí se jugaba a las cartas, se cantaba y se bailaba. Quien más, quien menos, todo el mundo robaba. Allí no hacía falta ninguna excusa para la juerga y el jaleo. Y sobre todo, se vivía en libertad. Cuando algún muchacho de buena familia se escapaba de su casa, sus padres solían ir a buscarlo a Zahara, pues lo más seguro era que lo encontrarán allí. ¡Y qué desgraciado se sentía el hijo cuando lo obligaban a despedirse de aquella vida libre!

La única preocupación para la gente de las almadrabas era la amenaza de los piratas berberiscos. La costa africana estaba muy próxima, y los piratas

podían aparecer de repente y llevárselos en un instante a Berbería. Por la noche, la gente de Zahara se refugiaba en las torres que defendían la costa y cerraba los ojos confiando en que los vigías mantuvieran los suyos bien abiertos. Pero a pesar de tales precauciones, más de una vez todos los que se habían echado a dormir en España amanecieron en Tetuán junto con los centinelas, las barcas y las redes de la almadraba.

El temor a los piratas berberiscos no le impidió a Diego pasar tres veranos en Zahara dándose la buena vida. El último verano tuvo tanta suerte que ganó setecientos reales jugando a las cartas. Entonces decidió que había llegado el momento de volver a casa para ver a sus padres. Se despidió de sus amigos prometiéndoles que regresaría el verano siguiente, dijo adiós a las secas arenas de Zahara, que a él le parecían tan verdes y frescas como el Paraíso terrenal, y echó a andar sin prisa, calzado con unas simples alpargatas.

Cuando llegó a Valladolid, decidió esperar unos días a que su piel recuperase la blancura, pues en aquel tiempo la tez bronceada no se consideraba propia de la gente de buena cuna. Luego, con el escaso dinero que le quedaba (pues se había gastado la mayor parte por el camino), cambió sus ropas de pícaro por otras de caballero, alquiló una mula y se dirigió a Burgos.

Sus padres lo recibieron con muchísima alegría. Sus parientes y amigos, entre ellos don Juan de Avendaño y su hijo Tomás, se presentaron en la casa para darle la bienvenida. Diego y Tomás, vecinos y de la misma edad, se hicieron muy pronto grandes amigos.

Diego se inventó mil cuentos sobre su larga ausencia, pero no quiso contar nada acerca de las almadras de Zahara, y eso que todos los días pensaba en ellas. No podía olvidar lo bien que lo había pasado allí, y ni la caza ni las fiestas ni ninguno de los muchos entretenimientos que su padre le ofrecía lograban borrar su recuerdo.

10 Pasó casi un año. El verano se acercaba, y Diego no dejaba de pensar en la promesa que les había hecho a sus amigos de Zahara. Un día, Tomás le preguntó por qué parecía tan triste y ensimismado.

—Si hace falta —añadió—, estoy dispuesto a derramar mi propia sangre para ayudarte.

—No será necesario llegar a tanto —respondió Diego sonriendo.

Como le tenía mucho aprecio a su amigo, decidió ser sincero con él. Le explicó que su melancolía se debía a lo mucho que echaba de menos las almadras. Le contó cómo era la vida allí, y lo hizo con tanta pasión que a Tomás le pareció muy lógico que su amigo sintiera nostalgia.

A Diego no le costó nada convencer a Tomás para que se fuera con él a Zahara. Entre los dos pensaron

la manera de reunir el dinero necesario para el viaje, y se les ocurrió una idea.

Mientras Diego vivía sus aventuras de pícaro, Tomás había pasado tres años estudiando en Salamanca. Pronto tendría que volver allí para ingresar en la universidad. Diego le dijo a su padre que él también quería estudiar en Salamanca. A don Diego aquello le pareció muy bien. Habló con el padre de Tomás, y ambos acordaron buscar una casa en la que sus hijos pudieran vivir juntos. Además, les proporcionarían todo lo necesario para unos estudiantes de su posición social: dinero, criados y un tutor que cuidaría de ellos y vigilaría su comportamiento.

El día de la partida, sus padres les dieron mil consejos, sus madres lloraron y los dos jóvenes se pusieron en camino montados en sendas mulas. Los acompañaban dos criados y el tutor, un hombre más bueno que listo, que se había dejado crecer la barba para que le diera más autoridad.

Cuando llegaron a Valladolid, Tomás y Diego le dijeron al tutor que les gustaría quedarse un par días en la ciudad para conocerla. Don Pedro, que así se llamaba el buen hombre, les echó una reprimenda, pero al final los dos amigos lograron que les dejara quedarse al menos un día. Acompañados por uno de los criados, se fueron en sus mulas a ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y por la calidad de sus aguas.

En la fuente, Tomás sacó una carta cerrada y se la dio al criado. Le dijo que se la llevara a don Pedro y que los esperasen en la puerta del Campo, una de las cuatro puertas de Valladolid.

En cuanto el criado se alejó, los dos amigos dieron la vuelta y se fueron en dirección opuesta. Estaban muy contentos, pues le habían quitado a don Pedro cuatrocientos escudos de oro que sus padres le habían dado para sus gastos. En la carta le ordenaban que volviera a Burgos para informar a sus familias de que habían decidido cambiar los estudios por las armas y se dirigían a Flandes para servir al rey como soldados. Con aquella carta pensaban engañar a sus padres y evitar que se les ocurriera ir a buscarlos a las almadrabas de Zahara.

12

Dos días después, los dos amigos llegaron a Madrid. Allí vendieron su ropa, sus espadas y las mulas y se vistieron como campesinos. A continuación se dirigieron a pie hacia Toledo.

Al entrar en la villa de Illescas se encontraron con dos muleros andaluces. Por lo que les oyeron decir, uno venía de Sevilla. El otro se dirigía a esa ciudad y le estaba diciendo a su amigo:

—Si mis amos no se hubieran adelantado tanto me quedaría un rato contigo para preguntarte mil cosas.

—Tampoco yo puedo detenerme más. Pero no me despediré sin darte un consejo. Cuando llegues a Toledo, no te alojes donde sueles, sino en la posada

del Sevillano. Allí verás a la fregona más hermosa que puedas imaginar. Uno de mis amos dice que cuando vuelva a Andalucía se quedará dos meses en la posada solo para hartarse de mirarla. Yo le di un pellizco a la muchacha y me gané una bofetada. Es dura como el mármol y áspera como las ortigas, pero ¡qué belleza la suya, madre mía! En una mejilla tiene el sol y en la otra la luna. Por casarme con ella daría mis dos mulas como dote. Pero bien sé que esa joya no es para mí. Ve allí, amigo, y ya verás. Y adiós, que me voy.

Los muleros se despidieron y cada uno se fue por su lado. Los dos amigos se habían quedado mudos escuchándolos. Tomás sintió un gran deseo de ver con sus propios ojos a aquella fregona. También Diego tenía ganas de comprobar si realmente era tan hermosa, aunque no tantas como de llegar a sus almadrabas.

Cuando entraron a Toledo, Diego guió a su amigo por las calles hasta que dieron con la posada del Sevillano. Era una de las mejores de la ciudad. No se atrevieron a pedir alojamiento. Hubieran despertado sospechas, pues ningún simple campesino podía permitirse dormir en un lugar como aquél. Pero Tomás se plantó delante de la puerta, confiando en que la hermosa fregona apareciese por casualidad.

—Vámonos, Tomás, que no faltan en Toledo otros lugares para dormir —le decía Diego una y otra vez.

Pero era imposible arrancar a su amigo de allí. Llegó la noche, la fregona no aparecía y Diego se desesperaba cada vez más. Por fin, a Tomás se le ocurrió una idea.

—Voy a preguntar si están aquí unos caballeros que van camino de Sevilla.

Tan pronto como puso el pie en el patio, vio salir de una sala a una moza de algo más de quince años. Vestía ropas de labradora, y llevaba un candelero con una vela encendida. Su rostro le pareció a Tomás semejante al que se suele pintar a los ángeles. Tan embobado se quedó ante la belleza de la moza que no fue capaz de preguntarle nada.

14

—¿Qué buscas, muchacho? —le dijo ella al verlo—. ¿Eres criado de alguno de los huéspedes?

—No soy criado de nadie más que de vos —respondió Tomás sobresaltado.

—Muy gracioso. Las que servimos no necesitamos criados —replicó la moza. Volviendo la cabeza, llamó al dueño de la posada—. Mire señor, qué quiere este mancebo.

El dueño salió al patio y le preguntó a Tomás qué quería.

—Busco a unos caballeros que van a Sevilla —respondió el joven—. Mi señor, que es uno de ellos, me ha mandado a Alcalá de Henares para un asunto. Me dijo que viniera a Toledo y lo esperase en esta posada. Debería llegar esta noche, o a más tardar mañana.



Contó aquella mentira de forma tan convincente que el posadero le creyó.

—Puedes quedarte aquí, muchacho —le dijo—, hasta que venga tu señor.

Tomás le dio las gracias y le pidió una habitación para él y para un compañero. Añadió que su señor le había dado dinero suficiente para pagar como cualquier huésped.

—Costancica —le dijo el posadero a la linda fregona—, dile a la Argüello que lleve a estos dos galanes a la habitación del rincón y que les ponga sábanas limpias.

—Así lo haré, señor —respondió Costanza, que así se llamaba la muchacha.

16

Hizo una reverencia y desapareció. Al verla marchar, Tomás sintió lo mismo que el caminante que ve ponerse el sol y llegar la noche oscura y fría. Salió corriendo para llamar a su amigo y se lo contó todo. Diego se dio cuenta de que Tomás se había enamorado.

Entraron los dos en la posada, y la Argüello, una mujer de unos cuarenta y cinco años, los llevó a su habitación. Los dos amigos le pidieron de cenar. La Argüello les explicó que en aquella posada no se servían comidas, pero que muy cerca había bodegones y tabernas donde podrían cenar.

Siguieron su consejo. Fueron a un bodegón donde Diego cenó con apetito todo lo que le pusieron mien-

tras Tomás se alimentaba de sus fantasías e ilusiones.

—Convendría que mañana madrugásemos para llegar a Orgaz antes de que el calor apriete —le dijo Diego mientras volvían a la posada.

—No me gustaría marcharme de esta ciudad sin visitar sus famosos monumentos —dijo Tomás.

—No es mala idea —respondió Diego—. Podemos quedarnos un par de días.

—La verdad es que preferiría tomármelo con más calma. ¿Qué prisa tenemos?

—¡Ay, ay, ay! —replicó Diego—. Me parece que si por ti fuera, nos quedaríamos en Toledo.

—Así es —respondió Tomás—. No soportaría dejar de ver el rostro de esa muchacha.

—¡Magnífico! —exclamó Diego—. ¡Me parece increíble que Tomás de Avendaño, hijo de don Juan de Avendaño, se enamore de una fregona que sirve en una posada!

—No menos increíble me parece a mí que don Diego de Carriazo, hijo del caballero del mismo nombre, se enamore ¿de quién pensáis? ¿De la reina Ginebra? ¡No, señor mío! ¡De las almadrabas de Zahara, que deben de ser tan feas como los mismísimos atunes!

Diego se echó a reír.

—¡Tocado! —exclamó—. Me has devuelto el golpe. Dejemos de discutir y vámonos a dormir de una vez. Mañana, Dios dirá.

Llegaron a la posada y se metieron en la cama. No llevarían más de una hora durmiendo cuando los despertó una bella música que venía de la calle. Se sentaron en sus camas y escucharon con atención.

—Debe de ser alguna celebración en el monasterio de al lado —opinó Diego.

—No, no puede ser eso —dijo Tomás—. ¿No ves que todavía es noche cerrada?

En eso oyeron llamar a la puerta de su habitación. Preguntaron quién llamaba, y una voz les respondió desde fuera:

—Mancebos, si os gusta la música, levantaos y asomaos a la ventana de la sala que hay enfrente de vuestra habitación.

18

Abrieron la puerta, pero no vieron a nadie. Fueron a la sala, donde ya había otros tres o cuatro huéspedes asomados a las rejas de las ventanas. Encontraron sitio en una ventana, y desde allí escucharon una magnífica voz masculina que entonaba, acompañada por una vihuela y un arpa, una preciosa canción dedicada a una bella muchacha.

A Tomás no le cupo duda de que aquella canción estaba dirigida a Costanza. Sintió tantos celos que hubiera preferido ser sordo para no escucharla. Y lo peor era que no sabía de quién debía tenerlos.

—Qué simple es el hijo del Corregidor —dijo entonces uno de los que escuchaban desde otra de las ventanas—. ¡Mira que dar serenatas a una fregona!

Es verdad que es una de las muchachas más bonitas que he visto, pero debería ser más discreto.

—Por lo que me han dicho —añadió otro de los huéspedes—, ella no le hace ningún caso. Apuesto a que ahora mismo está durmiendo tranquilamente, sin oír ni la música ni la canción.

—Seguramente —replicó el otro—. La verdad es que esa muchacha es muy sensata. Con tantos moscones como rondan esta casa, jamás nadie ha podido decir nada malo de ella.

Al oír aquellas palabras, a Tomás se le olvidaron los celos. Diego y él se quedaron junto a la reja, disfrutando de la música y de las canciones, hasta que los músicos y el cantor se retiraron.

A la mañana siguiente, Tomás se despertó muerto de ganas de volver a ver a Costanza. Diego, por su parte, sentía mucha curiosidad. Los dos amigos se asomaron al patio en el mismo momento en que la muchacha lo cruzaba. Al verla, Diego pensó que el mulero se había quedado muy corto en sus alabanzas.

Vestía falda y corpiño verdes, medias rojas y zapatos del mismo color. Sus únicos adornos eran dos pendientes de vidrio que semejaban perlas y una gargantilla de azabache que realzaba la blancura de su cuello. Sus cabellos eran castaños, casi rubios. Los llevaba trenzados, tan largos que le llegaban más abajo de la cintura.

Cuando pasó ante la imagen de la Virgen colgada en una de las paredes del patio, se santiguó e hizo una reverencia. Al levantar la vista, vio a los dos jóvenes que la miraban. Entonces se dio la vuelta, volvió a entrar en la sala y desde allí llamó a voces a la Argüello diciéndole que era hora de levantarse.

La Argüello y otras dos mozas de la casa salieron a los corredores. También acudieron los criados de los huéspedes pidiendo cebada para sus mulas. Tuvo que salir a dársela el propio posadero, pues el mozo que se ocupaba de ello acababa de despedirse.

—¡Malditas seáis! —les dijo el posadero a la Argüello y a sus compañeras—. Era el mejor mozo que he tenido, y se ha marchado por vuestra culpa.

—No se enoje, señor posadero —le dijo Tomás al oír aquello—. Deme el libro de cuentas. Yo me ocuparé de la paja y la cebada mientras mi señor llega, y ya verá como no echa de menos a ese mozo del que habla.

—Te lo agradezco mucho, mancebo. Baja al patio y te daré el libro de cuentas. Ten cuidado, pues esos mozos de mulas intentarán engañarte en cuanto te descuides.

Tomás bajó al patio y se puso a despachar la paja y la cebada y a anotarlas en el libro con tanto orden y limpieza que el posadero, que le estaba mirando, se puso contentísimo.

—¡Ay, muchacho! —exclamó—. ¡Ojalá tu amo no

viniera y quisieras quedarte en mi posada! Te aseguro que no te iría nada mal conmigo. El mozo del que te he hablado llegó hace ocho meses flaco y andrajoso, y se ha ido bien vestido y gordo como una nutria.

—No me importaría quedarme en esta ciudad, pues tengo entendido que es una de las mejores de España —respondió Tomás.

—Si te quedaras, solo nos faltaría encontrar alguien que vaya a por agua al río con el asno, pues también se ha ido el mozo que se ocupaba de eso.

—Yo podría hacer ese trabajo tan bien como mi compañero el suyo —dijo entonces Diego.

—Sí, seguro que lo haría muy bien —añadió Tomás—. Yo respondo por él.

La Argüello, que escuchaba la conversación desde el corredor, soltó una carcajada.

—¡Vaya con el gran señor! —exclamó—. ¡Dice que responde por su compañero! ¿Y quién responderá por él?

—Calla, Argüello —le dijo el posadero—, y no te metas donde no te llaman. Yo respondo por los dos. Manteneos tú y las demás lejos de los mozos de mi casa, que por vuestra culpa se me van todos.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó otra de las mozas—. ¡Así que esos dos se van a quedar aquí!

—Tú a lo tuyo, Gallega —le dijo el posadero—. Lo que le he dicho a la Argüello también va contigo. No te acerques a estos muchachos.

Las dos mozas se miraron y se guiñaron el ojo, pues lo cierto era que los dos amigos les habían gustado mucho.

Entre tanto, Diego ya había enjaezado el asno. Subió en él de un brinco y se dirigió al río. Tomás estaba muy contento de que su amigo quisiera quedarse con él en la posada. Cuando el dueño le preguntó sus nombres, le dijo que el suyo era Tomás Pérez, y el de Diego, Lope Asturiano.

22 Iba el que, por lo tanto, a partir de ahora llamaremos Lope Asturiano montado en su asno, cuando al bajar una cuesta se encontró con el asno de otro aguador, que subía del río cargado de agua. El paso era muy estrecho y Lope estaba distraído pensando en sus almadrabas, así que el choque fue tremendo. El asno del aguador era más flaco y estaba muy cansado, de modo que el golpe lo hizo caer al suelo. Los cántaros que llevaba se rompieron y el agua que transportaba se derramó.

Al ver el destrozo, el aguador montó en cólera, arremetió contra Lope y le asestó una docena de palos antes de que al joven le diera tiempo a desmontar.

Los golpes le sentaron tan mal a Lope que se lanzó a su vez contra el agresor, lo agarró por el cuello y lo tiró al suelo, con tan mala fortuna que, al caer, el aguador se dio un golpe en la cabeza con una piedra. Empezó a brotar tanta sangre de la herida que Lope creyó que lo había matado.



Al ver lo sucedido, otros aguadores que subían del río se echaron sobre Lope gritando:

—¡Justicia, justicia! ¡Que este aguador ha matado a nuestro compañero!

Y mientras unos atendían al caído, otros la emprendieron a palos y puñetazos con Lope.

Los gritos hicieron acudir a un alguacil acompañado de dos de sus hombres. Encontraron al herido atravesado sobre un asno y a Lope rodeado por más de veinte aguadores que no dejaban de golpearle. El alguacil apartó a la gente, hizo que sus hombres apresaran a Lope y se lo llevó a la cárcel junto con el herido y los dos asnos.

24

En la calle se había reunido una gran muchedumbre. Sus gritos hicieron salir a Tomás y al posadero. Vieron a Lope caminando en medio del alguacil y sus hombres con el rostro lleno de sangre. El posadero buscó su asno y lo vio en poder de la justicia. Preguntó por lo sucedido, y cuando se lo contaron, empezó a lamentarse por el asno, pues estaba seguro de que se quedaría sin él.

Mientras tanto, Tomás siguió a su amigo, pero había tanta gente que no pudo hablar con él. Vio cómo lo metían en un calabozo y le ponían grilletes en las muñecas y en los tobillos. Al aguador lo llevaron a la enfermería, donde el cirujano opinó que la herida tenía muy mal aspecto. En cuanto a los asnos, el alguacil se los llevó a su casa.

Tomás regresó a la posada con aquellas malas noticias. Cuando el posadero se lamentó por la pérdida del asno, le dijo:

—He encontrado en la calle a un conocido. Me ha dicho que mi señor se dirige a Sevilla por otro camino, y que me envía doce escudos con la orden de que vaya a reunirme con él. Pero yo no puedo abandonar a mi amigo ahora. Mi señor es tan bueno que lo entenderá. Tome vuesa merced este dinero para compensar la pérdida del asno, y yo escribiré a mi amo contándole lo que pasa.

Al ver el dinero, el posadero abrió los ojos como platos y se puso muy contento. Le dijo a Tomás que conocía a algunas personas en la ciudad que tenían mucha influencia ante la justicia, especialmente una monja que era pariente del Corregidor. Una lavandera de su monasterio lavaba la ropa en la posada, y tenía una hija que era íntima amiga de la hermana de un fraile que era a su vez amigo del confesor de la monja.

—Si la lavandera —le explicó el posadero— le dice a su hija que le pida a la hermana del fraile que le ruegue al confesor que hable con la monja para que le pase al Corregidor una nota en la que le suplique que interceda por Lope, sin duda podemos esperar que las cosas salgan bien. Siempre, claro está, que el aguador no muera.

Tomás tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa. Sospechaba que con aquella enrevesada promesa

de ayuda el posadero le estaba tomando el pelo. A pesar de ello, le dio las gracias y le entregó doce escudos de los cuatrocientos que Diego y él le habían robado a su tutor.

Quince días después, el aguador herido quedó fuera de peligro, y cinco días más tarde el cirujano declaró que estaba sano. A cambio de seis ducados, el aguador retiró la denuncia. Lope salió de la cárcel después de pagar diez ducados más, aparte del asno. De ese modo quedó zanjado aquel asunto. Pero Lope no parecía demasiado contento.

26 —Mientras estaba preso —le explicó a su amigo—, la Argüello ha venido todos los días a verme y a decirme que está enamorada de mí. Ha sido un fastidio. Preferiría que me ahorcaran a tener nada que ver con esa horrible mujer. No pienso volver a la posada.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —le preguntó Tomás.

—Buscaré otro lugar para dormir, compraré mi propio asno y volveré a hacerme pasar por aguador —respondió Lope—. Así, mientras sigas empeñado en cortejar a esa fregona, podré pasear a mis anchas por la ciudad sin que me detengan por vagabundo.

—¿Llamas fregona a Costanza? ¡Qué equivocado estás, Diego!

—¡Anda! ¿Ahora resulta que no es fregona?

—Todavía no la he visto fregar un solo plato. Su trabajo es guardar la plata con la que se sirve a los huéspedes principales.

—Y si no friega —replicó Lope— ¿por qué toda la ciudad la llama la ilustre fregona? Ah, ya caigo: seguro que la llaman ilustre porque friega plata en vez de loza. Pero dime, amigo, ¿cómo te van las cosas con ella?

—No podían ir peor. En todos los días que has pasado en el calabozo no he podido hablar una palabra con ella. Es recatada como ella sola. A los demás huéspedes, que le dicen muchas cosas, les responde bajando los ojos y cerrando los labios. Lo que me pone enfermo es que el hijo del Corregidor se muere por ella. No pasa una noche sin que envíe músicos para darle una serenata. Menos mal que ella no los oye, porque desde la puesta de sol hasta el amanecer no sale de la habitación del posadero y su mujer. Por lo menos, los celos no me hacen sufrir.

—Entonces, ¿qué piensas hacer con esta Penélope con forma de fregona, que como a un nuevo Ulises te tiene enamorado?

—Se llama Costanza, no Penélope. Puedes burlarte todo lo que quieras. Yo sé que estoy enamorado de la muchacha más bella y honesta que en el mundo existe. Tú la llamas fregona, pero su belleza y su recato me hacen pensar que en ella hay escondido un tesoro de gran valor. Sé que la amo y que mi amor es verdadero, y no, como en otras ocasiones, un capricho.

—¡Oh amor verdadero! —exclamó Lope, gesticulando con las manos—. ¡Oh ilustre fregona! ¡Oh

pobres atunes míos, que os pasaréis el verano sin que este enamorado vuestro os visite!

—Ya veo con cuánto descaro te burlas de mí —replicó Tomás—. Vete a tus almadrabas y llévate la parte del dinero que te corresponde. Cuando vuelvas, aquí me encontrarás.

—Te consideraba más listo —dijo Lope—. ¿No ves que estoy bromeando? Pero ya que tú hablas en serio, en serio te diré que estoy dispuesto a seguirte en todo. Solo te pido que, por favor, no me pongas al alcance de la Argüello. Preferiría perder tu amistad antes que tener que hacerme amigo de ella. Habla como una cotorra, le apesta la boca, tiene los dientes postizos, y creo que el cabello también. Desde que se le ha antojado conquistarme, se embadurna el rostro con tanto maquillaje que parece una máscara de yeso.

28

—Tienes razón —reconoció Tomás—, es todavía más horrible que la Gallega, que la ha tomado conmigo. Pero esta noche será mejor que te quedes en la posada. Ya tendrás tiempo mañana de comprar el asno y buscar otro alojamiento.

Fueron a la posada, y el pobre Lope tuvo que resignarse a soportar las muestras de amor con que la Argüello lo recibió.

Aquella noche hubo baile a la puerta de la posada. Se habían reunido allí muchos mozos de mulas, la Argüello, la Gallega y otra moza de la casa. Se les

juntaron algunos desconocidos embozados en sus capas, más interesados en ver a Costanza que en bailar, aunque la joven no apareció en toda la noche.

Lope tocó la guitarra, y todos dijeron que solo le faltaba hacerla hablar. A petición de las mozas también cantó algunos romances y coplas, improvisando los versos con mucho ingenio. Pero los embozados, molestos por la ausencia de Costanza, la tomaron con él y empezaron a insultarle. Aunque Lope no les hizo caso, los mozos de mulas se enfrentaron a aquellos entrometidos. El posadero intentó poner paz, pero la discusión continuó hasta que llegó un alguacil y los mandó a todos a casa.

Al poco de acostarse, Lope oyó llamar a la puerta de su habitación.

—¿Quién es? —preguntó.

—Somos la Argüello y la Gallega —le respondieron en voz baja—. Abre, que nos morimos de frío.

—Pues por lo que yo sé, estamos en pleno verano —contestó Lope.

—No te hagas el gracioso, Lope —replicó la Gallega—. Levántate y abre, que venimos hechas unas princesas.

—¿Princesas a esta hora? Más bien creo que seréis brujas. Largaos de aquí si no queréis que me quite el cinturón y os deje las posaderas como amapolas.

Las dos mozas, que esperaban un recibimiento muy distinto, se volvieron a su habitación tristes y

decepcionadas. Pero antes de apartarse de la puerta, la Argüello acercó los labios a la cerradura y dijo:

—¡No se ha hecho la miel para la boca del asno!

—Mira, Tomás —le dijo Lope a su amigo cuando las mozas se fueron—, ponme a luchar contra dos gigantes, pídemme que le parta la boca a una docena de leones, pero no me vuelvas a poner al alcance de la Argüello. Mañana, en cuanto me levante, compraré el asno del que te hablé y me iré a otra parte.

—Ya te he dicho que puedes hacer lo que más te guste —respondió Tomás—. Compra el asno o vete a tus almadrabas, pero ahora durmamos lo poco que falta para el amanecer.

30

Llegó la mañana. Lope se fue al mercado de ganado a comprar un asno y Tomás se puso a dar cebada a las mulas de los huéspedes.

Durante los días anteriores, a la hora de la siesta, Tomás le había escrito unos versos a Costanza en el libro en el que llevaba las cuentas de la cebada. Pensaba pasarlos más tarde a limpio en otro papel. Pero mientras Tomás estaba fuera de la casa, el posadero había cogido el libro para repasar las cuentas, y al leer los versos, se había asustado. Delante de su mujer, llamó a Costanza y le preguntó si Tomás, el mozo de la cebada, la había molestado o le había dado a entender que le gustaba. La muchacha respondió que aquel mozo no le había dicho nada parecido, ni siquiera con la mirada.

—La creo —le dijo el posadero a su mujer cuando Costanza se retiró—, pero no sé que pensar de esto. Tomás ha escrito unas coplas en el libro de la cebada que me hacen sospechar que está enamorado de Costancica. Escucha:

¿Quién de amor venturas halla?
El que calla.
¿Quién triunfa de su aspereza?
La firmeza.
¿Quién da alcance a su alegría?
La porfía.
De ese modo, bien podría
esperar dichosa palma
si en esta empresa mi alma
calla, está firme y porfía.

31

¿Descubriré mi pasión?
En ocasión.
¿Y si jamás se me da?
Sí habrá.
Llegará la muerte en tanto.
Llegue a tanto
tu limpia fe y esperanza,
que en sabiéndolo Costanza
convierta en risa tu llanto.

—Lo primero —dijo la mujer del posadero— es saber si estos versos son de Tomás.

—De eso no hay duda —respondió el posadero—, porque la letra de las coplas y la de la cuenta de la cebada es la misma.

—Hay más Costanzas en el mundo —dijo la mujer—, pero aunque estas coplas hayan sido escritas pensando en la nuestra, en ellas no hay nada ofensivo. Lo mejor será que permanezcamos atentos y avisemos a la muchacha. Si Tomás está enamorado de ella, seguramente le escribirá más coplas e intentará dárselas.

—¿No nos ahorraríamos problemas si lo despediéramos? —preguntó el marido.

—Allá tú si quieres echarlo por tan poca cosa —respondió la posadera—. Te he oído decir que el muchacho hace muy bien su trabajo.

—Está bien —dijo el posadero—. El tiempo nos dirá lo que debemos hacer.

Volvió a dejar el libro de cuentas en su sitio, y allí lo encontró Tomás. Tal como tenía pensado, copió los versos en un papel y luego rasgó las hojas del libro. Estaba decidido a declararle su amor a Costanza aquella misma mañana, pero resultaba imposible. Había demasiada gente en la posada, y la muchacha no le daba ninguna ocasión para hablarle.

Finalmente, la vio cruzar el patio con una toca ceñida a las mejillas. Tomás oyó cómo le decía a una de las mozas que se la había puesto porque le dolían mucho las muelas. A Tomás entonces se le ocurrió una idea. Se acercó a la muchacha y le dijo:



—Costanza, yo me sé una oración que, si la rezas dos veces, te quitará ese dolor de muelas. Puedo escribírtela en un papel.

—Te lo agradecería muchísimo, Tomás —respondió la muchacha.

—Te la daré con una condición. No debes enseñársela a nadie, porque algunos podrían menospreciarla.

—No se la enseñaré a nadie. Pero dámela pronto, porque este dolor es insoportable.

—La escribiré en un papel y te la traeré enseguida.

Estas fueron las primeras palabras que Tomás cruzó con Costanza en los veinticuatro días que llevaba en la posada, así que es fácil imaginar lo nervioso que estaba. Se apartó, escribió la oración y se la dio a Costanza sin que nadie lo viera.

34

La muchacha entró en una sala para leer a solas el papel, en el que Tomás había escrito:

«Señora de mi corazón, soy un caballero burgalés, y si Dios lo quiere, algún día heredaré las propiedades de mi padre. Por la fama de vuestra hermosura cambié mis ropas por las de criado y vine a Toledo para servir a vuestro dueño. Si quisierais ser mi esposa, me consideraría el hombre más afortunado del mundo. Podéis pedirme pruebas de que lo que os digo es cierto. Solo os ruego que, por ahora, no le habléis de esto a nadie, pues vuestro dueño me desterraría de vuestra presencia, y eso sería lo mismo que condenarme a muerte. Permitidme seguir vién-

doos hasta que me creáis, pues no merece el castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros».

Mientras Costanza leía este papel, el corazón de Tomás latía aceleradamente. Por fin, la muchacha salió de la sala. Venía con las mejillas sonrojadas, y eso la hacía parecer aún más bella. Llevaba entre las manos el papel hecho pedacitos.

—Amigo Tomás —le dijo al joven, que apenas podía mantenerse en pie—, el papel que me has dado parece más un hechizo que una oración. Desde luego, no pienso usarlo. Lo he roto para que no lo lean personas más crédulas que yo. Apréndete otras oraciones mejores, porque esta no te servirá de nada.

Después de decir esto, se dio la vuelta y se fue.

Tomás suspiró aliviado al pensar que, por lo menos, Costanza no parecía tener intención de quejarse al posadero. A pesar de la respuesta de la muchacha, podía sentirse satisfecho. Había dado el primer paso, y en asuntos tan importantes como aquél, lo más difícil es el comienzo.

Mientras esto sucedía en la posada, Lope andaba buscando un asno en el mercado de ganado. Pero, aunque allí había muchos, no encontraba ninguno que le gustase. Un mozo se le acercó y le dijo al oído:

—Galán, si buscas una bestia buena para un aguador, te aconsejo que no la compres en este mercado. Aunque parezcan sanas y buenas, todas están llenas

de defectos que no se aprecian a simple vista. Pero estás de suerte, porque cerca de aquí, en un prado, tengo un asno mejor que todos los que puedas encontrar en la ciudad.

Lope le creyó y le pidió que le llevase a ver el asno. Fueron a la Huerta del Rey, un paraje situado a las afueras de la ciudad, donde encontraron a muchos aguadores sentados a la sombra de una noria y a sus asnos paciendo en un prado cercano. El mozo le mostró el suyo a Lope, y los demás aguadores dijeron que era una bestia fuerte y andadora. A Lope le gustó el animal, discutió el precio con el vendedor y los dos se pusieron de acuerdo en cerrar el trato por dieciséis ducados.

36

Había allí otros cuatro aguadores tumbados en el suelo sobre sus capas, jugando a las cartas. Lope se fijó en que las apuestas eran muy altas. Cada uno tenía delante más de cien reales en cuartos y monedas de plata. Dos de los aguadores perdieron en ese momento todo su dinero y se levantaron.

—Si encontrara un cuarto jugador —dijo el que le había vendido el asno a Lope—, entraría con mucho gusto en la partida.

Sin pensárselo dos veces, Lope le dijo que él sería el cuarto. Se sentaron con los aguadores y se pusieron a jugar. En poco rato, Lope perdió todo el dinero que llevaba encima. Al verse sin blanca, decidió jugarse el asno.

—Si lo aceptáis, me lo jugaré por cuartos —les dijo a los otros.

Los aguadores aceptaron. Siguieron jugando, y Lope fue perdiendo un cuarto detrás de otro. Se los ganó el mismo mozo que le había vendido el asno. Iba este a levantarse para recuperar el animal cuando Lope lo sujetó de una manga.

—Espera, amigo —le dijo—. Me he jugado los cuatro cuartos del asno, pero no la cola. Dámela y llévate el resto.

Al oír aquello, los otros se echaron a reír.

—No le veo la gracia —replicó Lope—. En ningún momento he dicho que quisiera jugarme la cola del asno, así que sigue siendo mía hasta el último pelo, junto con el espinazo y todo lo que tiene pegado. Así que dame la cola, y que nadie intente llevarse el asno antes de que me la den, pues yo solo me bastaré para meterle dos palmos de mi daga en las entrañas.

Como les había visto hacer a los matones de las almadrabas, Lope arrojó al suelo su sombrero, sacó un puñal y adoptó una pose tan feroz que los aguadores juzgaron más conveniente resolver aquel asunto pacíficamente. Uno de ellos propuso que Lope se jugara la cola contra un cuarto del asno. Lope aceptó, ganó el cuarto, el otro se picó, y después de jugar otras tres manos, perdió el asno entero. El perdedor se empeñó entonces en jugarse su dinero, y Lope lo dejó sin un solo maravedí.

Tanto le dolió al mozo la pérdida del asno y del dinero que se tiró al suelo y empezó a darse cabezazos contra él. Lope, compadecido, le devolvió el dinero que le había ganado, más los dieciséis ducados del asno. Su generosidad dejó pasmados a los aguadores, que le acompañaron hasta la ciudad.

La historia de aquella partida de cartas se extendió por toda Toledo, y pronto no hubo taberna ni bodegón donde no la conocieran. Pero como lo que de verdad le gusta a la mayoría de la gente es hablar mal de los demás, olvidaron enseguida la generosidad de Lope y se quedaron solo con la anécdota de la cola.

Apenas habían pasado dos días cuando Lope vio que algunos lo señalaban con el dedo.

38

—Este es el aguador de la cola —decían.

A partir de aquel momento, en cuanto se asomaba por la entrada de cualquier calle, la gente le gritaba:

—¡Asturiano! ¡Dame la cola! ¡Dame la cola, Asturiano!

Lope pensó que lo mejor sería no hacer caso. Pero cuanto más callaba, más le gritaban, sobre todo los muchachos. Acabó perdiendo la paciencia, se apeó del asno y corrió tras ellos. Fue mucho peor, pues si lograba alcanzar a alguno y la emprendía a palos con él, los demás le pedían la cola con gritos aún más fuertes.

Al final, Lope decidió encerrarse en el mesón al que se había mudado hasta que los toledanos olvida-

ran la historia de la cola. Durante seis días, solo salió de noche para ver a Tomás y preguntarle cómo le iba con Costanza.

—Figúrate —le contó Tomás— después de darle el papel que te dije, solo una vez he tenido ocasión de hablarle. Pero ella se me adelantó, y antes de que yo pudiera abrir la boca, me dijo que ni le dolía nada ni tenía necesidad de mis palabras, y que me contentara con que no le dijera nada al amo.

Una de aquellas noches, poco después de que Lope regresara a su alojamiento, entraron en la posada del Sevillano varios alguaciles y otros oficiales de justicia, y por último, el Corregidor. Todos los huéspedes se alborotaron, pues cuando la justicia entra en una casa sin avisar, hasta los que nada deberían temer se sobresaltan.

El Corregidor entró en una sala e hizo llamar al posadero.

—¿Sois vos el dueño de esta posada? —le preguntó cuando este apareció, asustado y tembloroso.

—Si, señor —respondió el posadero—, para lo que vuesa merced quiera mandar.

El Corregidor hizo salir a todos los que estaban en la sala. Cuando se quedaron a solas, le preguntó al posadero:

—¿Qué gente de servicio tenéis en vuestra posada?

—Señor, tengo tres mozas gallegas, un ama y un mozo que se ocupa de la paja y la cebada.

—¿Nadie más?

—No, señor.

—Entonces, decidme, ¿dónde está esa muchacha tan hermosa que, por lo que tengo entendido, sirve en esta casa? Me han dicho que la llaman la ilustre fregona, y que mi hijo don Periquito está tan enamorado de ella que no hay noche que no mande darle una serenata.

—Señor —respondió el posadero—, es cierto que esa muchacha está en mi posada, pero ni es mi criada ni deja de serlo.

—No os entiendo.

40 —Si vuesa merced me lo permite, le contaré algo que jamás he contado a nadie. Entonces lo entenderéis.

—Antes de nada, quiero ver a esa fregona. Llamadla —ordenó el Corregidor.

El posadero se asomó a la puerta de la sala y llamó a su mujer.

—Señora —le dijo—, haced venir a Costancia.

La posadera, temerosa de lo que pudiera sucederle a la muchacha, obedeció. Costanza cogió un candelero con una vela y entró en la sala, con más vergüenza que miedo.

El Corregidor tomó el candelero que traía Costanza y la examinó a la luz de la vela. Le pareció contemplar la hermosura de un ángel que hubiera bajado a la tierra.

—Posadero —dijo después de mirarla bien de arriba a abajo—, esta no es joya para adornar un mesón. Veo que mi hijo no se ha equivocado al poner sus pensamientos en ella. Muchacha, no deberían llamarte ilustre, sino ilustrísima, aunque ese título no es propio de fregonas, sino de duquesas.

—No es fregona, señor —le explicó el posadero—. Se encarga de guardar la plata con la que atendemos a los huéspedes más importantes.

—Aun así, una posada no es sitio adecuado para ella. ¿Es pariente vuestra?

—Ni es mi pariente ni es mi criada. Si vuesa merced quiere saber quién es, oirá cosas que le sorprenderán. Pero ella no debe escucharlas.

—Las oiré con mucho interés —respondió el Corregidor—. Sal, Costancica, y no temas nada de mí.

Costanza hizo una reverencia y salió de la sala. En cuanto la puerta se cerró, el posadero comenzó su relato.

—Hoy hace, señor, quince años, un mes y cuatro días que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina. Venía en una litera, acompañada de cuatro criados a caballo y tres doncellas en un coche. Bien se veía, por su porte y su acompañamiento, que se trataba de una gran señora. Debía de tener unos cuarenta años, pero todavía era muy hermosa. Estaba enferma y descolorida. En cuanto llegó, quiso acostarse, y le prepararon la cama en esta misma sala. Luego sus

criados me preguntaron cuál era el mejor médico de esta ciudad. Se lo dije y fueron a buscarlo. Después de verla a solas, el médico mandó que le preparasen la cama en otro aposento donde no le molestara ningún ruido. Trasladaron a la señora a una habitación del piso de arriba.

Mi mujer y yo les preguntamos a los criados quién era aquella señora, adónde iba y por qué vestía el hábito de peregrina. Nos dijeron que era una rica viuda castellana, que llevaba algunos meses enferma, y que iba en romería al monasterio de Guadalupe. En cuanto a su nombre, tenían orden de llamarla la Señora Peregrina.

42

Tres días después, la señora nos mandó llamar a mi mujer y a mí. Delante de sus doncellas, casi con lágrimas en los ojos, nos contó que estaba preñada y que ya empezaba a sentir los dolores del parto. Sus criados no lo sabían, pero a sus doncellas no había querido ocultárselo. Para escapar a las habladurías de la gente, había hecho la promesa de ir a aquel monasterio. Pero como, al parecer, Nuestra Señora de Guadalupe había dispuesto que diera a luz en nuestra casa, nos rogó que la ayudásemos a guardar el secreto. Puso una bolsa con doscientos escudos de oro en manos de mi mujer y nos pidió que, cuando tuviera lugar el parto, llevásemos a la criatura a alguna aldea. Mientras tanto, ella pensaría en el monasterio qué sería lo más conveniente.

Entre las doce y la una de aquella noche, mientras en la posada todo el mundo dormía, la señora parió una niña, la más hermosa que mis ojos habían visto hasta entonces, la misma que vuesa merced acaba de ver ahora. La señora guardó cama ocho días y luego partió para su peregrinación.

Cuando tres semanas después regresó, la niña ya estaba criándose como sobrina mía en una aldea a dos leguas de aquí, bautizada, como su madre nos había ordenado, con el nombre de Costanza. La madre se alegró mucho al saberlo. Me dio una cadena de oro a la que quitó seis eslabones, y me dijo que la persona que viniera a buscar a la niña traería los eslabones que faltaban. Luego dobló en varios pliegues un pergamino en el que estaban escritas unas letras y lo cortó en dos mitades. Me dio una de ellas, y me explicó que solo podría leerse cuando alguien hiciera coincidir las dos mitades. Dijo que al cabo de dos años enviaría a buscar a su hija, y me pidió que mientras tanto la criase como una labradora. Añadió que, si por alguna razón no pudiera venir tan pronto a por ella, no le dijese la verdad acerca de su nacimiento. Me dio cuatrocientos escudos de oro, abrazó a mi mujer con los ojos llenos de lágrimas y partió.

Costanza se crió durante dos años en la aldea, y luego mi mujer y yo la trajimos con nosotros. Durante quince años, un mes y cuatro días he esperado a quien ha de venir por ella, pero ya he perdido la esperanza.

Si en este año en que estamos no viene nadie, he decidido adoptarla y dejarle todos mis bienes como herencia. Pues debéis saber, señor Corregidor, que Costanza, además de hermosa, es buena, discreta y honesta. Ésa es, señor, la verdadera historia de la ilustre fregona, que no friega.

El Corregidor se quedó un largo rato en silencio, pensativo. Luego le pidió al posadero que le mostrase la cadena y el pergamino. El posadero fue a por los dos objetos y se los enseñó. Lo que había contado era cierto: a la cadena, bellamente labrada, le faltaban varios eslabones. Y en él pergamino estaban escritas, una debajo de otra, las letras E, T, E, L, S, Ñ, V, D, D y R. Entre ellas había espacios en blanco que debían llenarse con las letras de la otra mitad del pergamino.

44

La historia de la Señora Peregrina impresionó al Corregidor tanto como la belleza de Costanza. Decidió buscar un monasterio en el que pudieran acoger a la muchacha, pues la posada, como había dicho, no le parecía un lugar adecuado para ella.

—Entre tanto —le dijo al posadero—, me llevaré el pergamino. Por ahora podéis quedaros con la cadena, pero si alguien viene a buscar a Costanza, avisadme antes de mostrársela.

Tras decir esto, abandonó la posada.

Durante la visita, Tomás permaneció en el patio sin saber qué pensar. Cuando vio que el Corregidor se iba

y que Costanza se quedaba, se sintió más tranquilo. No se atrevió a preguntarle al posadero qué quería el Corregidor, y el posadero no se lo contó a nadie más que a su mujer.

Al día siguiente, cerca del mediodía, dos ancianos caballeros de venerable aspecto llegaron a la posada. Viajaban acompañados de cuatro hombres a caballo y de varios mozos a pie. Uno de los mozos había entrado antes para preguntar si aquella era la posada del Sevillano.

Los jinetes desmontaron y ayudaron a los ancianos a apearse de sus caballos. En ese momento Costanza se asomó al patio. Al verla, uno de los caballeros le dijo al otro:

—Me parece, señor Juan, que hemos encontrado lo que estábamos buscando.

Tomás salió al patio para atender a los caballos. Reconoció a los criados de su casa, y luego a su padre y al de su amigo Diego. Se llevó una gran sorpresa al verlos allí. Supuso que iban camino de las almadrabas de Zahara, después de que alguien les hubiera contado que Diego y él se dirigían allí. Como no quería que su padre le viera convertido en mozo de posada, se tapó la cara con una mano y pasó por delante de los recién llegados. Fue a buscar a Costanza, y como la encontró a solas, le dijo:

—Costanza, uno de esos caballeros que acaban de llegar es mi padre, don Juan de Avendaño, pregunta

a sus criados si tiene un hijo llamado Tomás. Así descubrirás que lo que te he dicho sobre mí es verdad, como también es verdad que te amo y quiero que seas mi esposa. Ahora me voy. Mientras mi padre esté aquí, no pienso volver a esta casa.

Costanza no respondió, y Tomás, que tampoco esperaba que lo hiciera, salió de la posada y se fue a buscar a Diego. El dueño de la posada tuvo que ocuparse él mismo del pienso de los animales.

Entre tanto, uno de los caballeros recién llegados se acercó a la Gallega y le preguntó cómo se llamaba la hermosa muchacha que se había asomado al patio, y si era hija o pariente del posadero.

46

—La moza se llama Costanza —respondió la Gallega—, y no es pariente del posadero, ni sé lo que es. Solo sé que maldita la gracia que nos hace a las demás mozas de la casa. No hay huésped que no pregunte quién es y no alabe su hermosura. Y nosotras, como si no existiéramos.

—Entonces —dijo el caballero—, si tiene tanto éxito con los hombres, la moza será algo casquivana.

—¡Casquivana decís! —exclamó la Gallega—. ¡Pues buena es la niña! Por Dios, señor, si es más áspera que un erizo. Se pasa el día trabajando, y desde que se pone el sol hasta el amanecer no sale de su cuarto.

El caballero pareció alegrarse al oír aquello. Sin esperar a que sus criados le quitasen las espuelas, llamó al posadero y se lo llevó a una sala.

—Señor posadero —le dijo cuando estuvieron a solas—, he venido para recuperar una prenda que desde hace años tenéis en vuestro poder. Y para recuperarla traigo mil escudos de oro, estos eslabones de cadena y este pergamino.

Y diciendo esto, sacó los seis eslabones y la mitad de un pergamino rasgado.

—Señor —le respondió el posadero—, la prenda de la que habláis está en esta casa, pero antes de hacer las pruebas necesarias debo llamar a cierta persona.

El posadero mandó aviso al Corregidor de lo que sucedía, y este fue a toda prisa a la posada. En cuanto vio a los dos caballeros, corrió a abrazar a uno de ellos.

—¡Válgame Dios, que alegría! —le dijo—. ¿Qué trae por aquí a mi querido primo don Juan de Avendaño?

—También yo me alegro de veros con salud —respondió el padre de Tomás—. Abrazad, primo, a este caballero, que es mi buen amigo don Diego de Carriazo.

—Don Diego y yo ya nos conocemos —dijo el Corregidor, abrazándolo también.

El posadero sacó la cadena y les dijo a los tres caballeros:

—El Corregidor ya sabe a lo que viene vuesa merced, don Diego. Muestre los trozos que faltan a esta cadena, que él sacará la mitad del pergamino, y haremos la prueba que tantos años llevo esperando.

—Es cierto que el posadero me ha contado cierta historia, pero aún me queda por saber una parte de ella —dijo el Corregidor—. He aquí el pergamino.

Enseñó su mitad, en la que, como ya hemos contado, podían leerse las letras E, T, E, L, S, Ñ, V, D, D y R. Don Diego sacó la suya. Las letras escritas en ella eran S, A, S, A, E, AL, ER, A, E, A. Todas juntas decían: ESTA ES LA SEÑAL VERDADERA.

Juntaron luego la cadena con los seis eslabones, y vieron que encajaban a la perfección.

—Las dos señales son verdaderas —dijo el Corregidor—. Ahora solo queda saber de quién es hija la bella Costanza.

48

—El padre soy yo —dijo don Diego—. La madre ya no vive. No diré su nombre, pero sí que era una dama de tan alta cuna que yo podría ser su criado. Era la viuda de un gran caballero, y vivía retirada en una aldea suya. Allí la conocí, un día que iba de caza. Tuve una hija con ella, pero la abandoné, pues yo ya estaba casado. Pasaron dos años sin que volviera a verla, y luego supe que había muerto.

Hace veinte días, recibí una carta de uno de sus mayordomos, en la que me pedía que fuera a verlo para un asunto que sin duda me interesaría. Acudí, y encontré al hombre en su lecho de muerte. Me contó todo lo que la dama le había contado a él: que yendo en peregrinación a Guadalupe había dado a luz en esta posada una niña llamada Costanza, y que había

dejado una cadena y un pergamino como señales para reconocerla. El mayordomo me dio las dos señales y treinta mil escudos de oro que su señora había dejado como dote para su hija. Me dijo que, por codicia, se los había guardado él, pero que como estaba a punto de morir, quería poner su alma en paz con Dios. También me dijo dónde encontrar a la niña. He venido a buscarla en compañía de mi buen amigo don Juan de Avendaño.

En ese momento oyeron grandes voces a la puerta de la posada.

—¡Avisad a Tomás, el mozo de la cebada! ¡Decidle que llevan a la cárcel a su amigo Lope Asturiano!

El Corregidor se asomó al patio y ordenó que hicieran entrar al preso.

Lope entró en la sala escupiendo sangre, magullado y sujeto por un alguacil. Al reconocer a su padre y al de Tomás, se cubrió la cara con un pañuelo, como si se estuviera limpiando la sangre.

—¿Qué ha hecho este mozo, que ha salido tan malparado? —preguntó el Corregidor.

—Es un aguador al que llaman el Asturiano —respondió el alguacil—. En cuanto los muchachos lo ven por la calle, le dicen: ¡Dame la cola, Asturiano! ¡Dame la cola!

El alguacil les contó la manera en que Lope recuperó su asno en la famosa partida de cartas, y los caballeros se rieron mucho.

—Hoy se le ha agotado la paciencia —añadió el alguacil—, se ha apeado del burro y ha salido corriendo detrás de los muchachos. A uno le ha dado una buena paliza. Cuando hemos ido a detenerlo se ha resistido, por eso viene en este estado.

El Corregidor le ordenó que se descubriera el rostro, y como el joven se resistía, el alguacil le quitó el pañuelo. Su padre lo reconoció inmediatamente.

—¡Hijo! —exclamó—. ¿Qué haces vestido de aguador? ¿Es que piensas seguir siendo un pícaro toda tu vida?

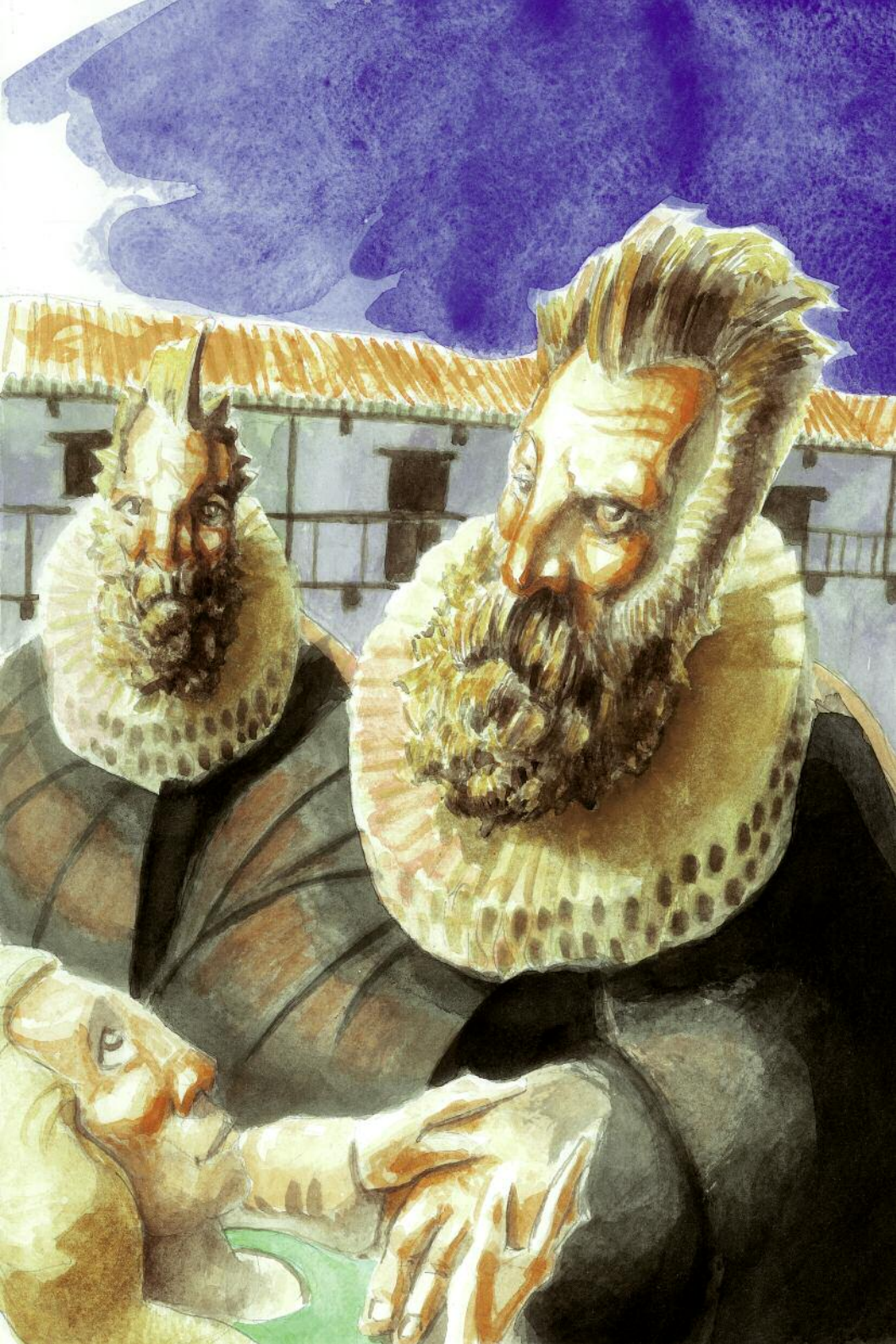
Diego se arrodilló ante su padre. El buen hombre no pudo contener las lágrimas y lo abrazó. Don Juan de Avendaño le preguntó por su hijo, pues había supuesto que estaría con él. Se asombró mucho cuando Diego le contó que Tomás trabajaba como mozo en la posada.

—Creo que ha salido hace un rato —dijo el posadero, no menos asombrado—. Iré a buscarlo.

Alguien le dijo al posadero que Tomás estaba escondido en su habitación. Subió a buscarlo, pero ni a la fuerza logró convencerlo de que bajara. El Corregidor tuvo que asomarse al patio y llamarlo.

—Baja, querido pariente, que aquí no te aguardan osos ni leones.

Tomás obedeció e, igual que su amigo, se arrodilló ante su padre, que lo abrazó con grandísima alegría.



El Corregidor hizo llamar a Costanza, la tomó de la mano y se la presentó a don Diego de Carriazo, diciéndole:

—Recibid, don Diego, esta prenda, y consideradla la más rica que pudierais haber deseado. Y vos, Costanza, besad la mano de vuestro padre.

A la joven, que no podía haberse imaginado nada de aquello, se le llenaron los ojos de lágrimas. Tomó las manos de su padre y empezó a besarlas con infinita ternura.

El Corregidor, que tenía un coche a la puerta de la posada, los invitó a todos a ir a su casa. Entonces Costanza se abrazó a la posadera, y las dos rompieron a llorar.

52

—¿Cómo es que te vas, hija de mi corazón? —gemía la posadera—. ¿Cómo vas a dejar a quien con tanto amor te ha criado?

Costanza le respondía con palabras no menos tiernas. Conmovido, el Corregidor mandó que la posadera también subiera al coche, y que no se apartara de la joven hasta que saliera de Toledo, pues la había tratado siempre como a una hija.

En casa del Corregidor, Diego les contó a todos cómo su amigo Tomás se había puesto a servir en la posada por estar cerca de Costanza, de la que se había enamorado, y con la que estaba dispuesto a casarse aunque fuera una simple fregona.

La mujer del Corregidor vistió a Costanza con un

vestido de una hija suya. Si con los de moza de posada estaba preciosa, con aquel parecía cosa del cielo.

En medio de la alegría general solo don Pedro, el hijo del Corregidor, se sintió triste, pues aquella misma tarde se acordó que Tomás se casara con Costanza. Diego se casaría con la hija del Corregidor, que era también una joven muy hermosa. Y a don Pedro —Periquito, como le llamaba su familia— le prometieron como esposa una hermana de Tomás.

De este modo, al final todos quedaron contentos. La noticia de los casamientos y de la buena fortuna de la ilustre fregona se extendió por toda la ciudad. La gente acudía para ver a Costanza convertida en señora y a Tomás, el mozo de la cebada, transformado en caballero. En cuanto al aguador Lope Asturiano, todos opinaron que estaba muy elegante con sus nuevas ropas y sin el asno.

Pasado un mes, los protagonistas de esta historia regresaron a Burgos. Tomás fue muy feliz junto a Costanza. También lo fue Diego, que tuvo nada menos que tres hijos. Los tres fueron a estudiar a Salamanca y jamás quisieron saber nada de pícaros ni de almadrabas. Pero durante el resto de su vida, cada vez que el bueno de Diego veía un asno de aguador, se acordaba del que había tenido en Toledo y se echaba a temblar, temeroso de que en cualquier momento alguien le gritara: «¡Asturiano, dame la cola! ¡Dame la cola, Asturiano!».

RINCONETE Y CORTADILLO

55

Un caluroso día de verano, dos muchachos se encontraron por azar en la venta del Molinillo, que está en el camino que va de Castilla a Andalucía. Uno tendría unos quince años, el otro uno o dos más. Ambos tenían buena presencia, aunque parecían cansados y sus ropas estaban rotas y descosidas.

El más joven calzaba unas alpargatas tan traídas como llevadas. Se cubría la cabeza con un gorro verde de cazador y llevaba a la espalda, como si fuera un zurrón, una camisa vieja y grasienta con las mangas anudadas por delante.

El mayor usaba unos zapatos sin suelas que más le servían de estorbo que de calzado y un sombrero de ala ancha y copa aplastada que había perdido su cintillo de adorno. No llevaba alforjas de ninguna clase,

aunque se le notaba un gran bulto bajo la camisa. Era una baraja de forma ovalada que llevaba envuelta en un cuello deshilachado. De tanto usarla, a los naipes se les habían desgastado las puntas, y las había recortado para que durasen más.

Los dos tenían la piel quemada por el sol, las uñas largas y negras y las manos sucias. El más joven llevaba al cinto un cuchillo de carnicero. El otro, una espada corta.

Salieron los dos de la venta para descansar un rato bajo un tejadillo que había a la entrada. Se sentaron el uno frente al otro, mirándose con simpatía y curiosidad.

56

—¿De dónde es vuesa merced y hacia dónde se dirige? —preguntó el mayor, con cortesía exagerada para dos muchachos de su edad.

—Mi tierra no la sé, caballero —respondió el otro con idéntica cortesía—, ni tampoco adónde voy.

—Pues no parece que hayáis caído del cielo ni que este sea lugar para quedarse más de un día, así que a alguna parte os dirigiréis.

—He dicho la verdad —dijo el pequeño—. La tierra de donde vengo ya no la siento mía, pues allí solo tengo un padre que me trata como si no fuera hijo suyo y una madrastra que no me quiere. En cuanto adónde me dirijo, voy a la aventura. Me quedaré en cualquier lugar donde encuentre el modo de ganarme la vida.

—¿Y sabéis algún oficio?

—Ninguno, aparte de correr como una liebre, saltar como un gamo y cortar primorosamente con las tijeras.

—Sin duda son habilidades útiles y provechosas —dijo el mayor con ironía—. Siempre habrá algún sacristán que os dará pan y vino a cambio de recortarle flores de papel para adornar los santos.

—Lo mío no es ese tipo de cortes. Mi padre es sastre y calcetero, y me ha enseñado a cortar la tela para hacer medias y polainas. Lo hago tan bien que podría examinarme para maestro de ese oficio si no fuera por la suerte, que me ha dejado arrinconado.

—Por algo dicen que las mejores habilidades son las más desaprovechadas, aunque todavía está vuesa merced a tiempo de remediarlo. Pero dejémonos de cortesías y reverencias —al decir esto, guiñó un ojo y añadió—: apostarí a que tienes otras habilidades secretas que no quieres descubrir.

—Las tengo —respondió el más joven—, pero como muy bien has apuntado, no son para ir pregonándolas por ahí.

—Nadie sabe guardar un secreto mejor que yo. Y para que te sinceres conmigo, empezaré contándote yo los míos. No creo que nos hayamos encontrado por casualidad. Estoy seguro de que seremos buenos amigos hasta el último día de nuestra vida.

—Puede ser —dijo el más joven, que no acababa de tenerlas todas consigo.

—Yo nací en Fuenfría, un pueblo de la sierra de Guadarrama. Me llamo Pedro del Rincón, y mi padre es bulero. Ya sabrás que ese oficio consiste en vender ciertos privilegios, como el de comer carne cuando toca ayuno. El dinero se paga a la Iglesia, y el bulero se queda una parte. Aprendí de mi padre el oficio, pero le cogí más gusto al dinero que a las propias bulas. Un día me abracé a un talego de reales y me fui con él a Madrid, donde al poco tiempo dejé el talego vacío. Lo peor fue que el hombre que tenía que recibir el dinero me siguió hasta allí y me echó encima a la justicia. Al verme tan joven, se contentaron con darme una tanda de azotes y me desterraron por cuatro años de la Corte. Salí de Madrid con tanta prisa que no tuve tiempo de buscar un caballo, y solo pude recoger las cosas imprescindibles, como estos naipes.

Sacó la baraja envuelta en el cuello deshilachado y se la enseñó a su compañero.

—Con estos naipes me he ganado la vida jugando por los mesones y ventas que hay desde Madrid hasta aquí. Aunque los veas tan sucios y gastados, poseen una virtud casi mágica. Si uno sabe usarlos, sacará siempre un as. Eso es una gran ventaja para jugar a las veintiuna, pues el as puede sumar tanto un punto como once. El cocinero de un embajador



me enseñó algunas trampas para otros juegos. Gracias a mi habilidad, no me moriré de hambre, pues no hay venta ni cortijo donde no encuentre a alguien que quiera matar el tiempo jugando una partida. Podríamos probar los dos aquí mismo.

—¿Aquí?

—Sí, debajo de este tejadillo. Ya has visto a los arrieros que hay ahí dentro. Montaremos nuestra red, y si algún pájaro cae en ella, lo desplumaremos.

—De acuerdo —asintió el más pequeño—. Pero ya que me has contado tu vida, te contaré yo la mía. Me llamo Diego Cortado, y nací en un pueblo que está entre Salamanca y Medina del Campo. Mi padre, como te he dicho, es sastre. Él me enseñó a manejar las tijeras, y yo aprendí por mis medios a usarlas para cortar los cordones con los que la gente sujeta su bolsa. Harto de mi madrastra y de la aburrida vida del pueblo, me fui a Toledo a ejercer mi oficio, en el que soy capaz de hacer maravillas. No hay bolsa ni faltriquera a la que mis dedos no puedan llegar ni mis tijeras cortar. En los cuatro meses que he estado en Toledo nunca me han echado el guante. Pero hace una semana, alguien le fue con el cuento de mi habilidad al juez. Su señoría se interesó mucho por mí, pero yo prefiero no tener trato con personas tan importantes, así que me di tanta prisa en salir de la ciudad que tampoco a mí me dio tiempo a comprar un caballo.

—Puesto que ya nos conocemos —dijo Rincón— ¿por qué no confesamos que los dos estábamos sin blanca y que ni siquiera podíamos comprar unos zapatos?

—Así era, en efecto —respondió Cortado—. Está bien, seamos amigos. Y que nuestra amistad, como tú has dicho, dure toda la vida.

Los dos se levantaron y se abrazaron. Luego se pusieron a jugar a las veintiuna, y Cortado puso tanta atención en el juego que a las pocas manos ya le salía el as tan fácilmente como a Rincón.

Un arriero salió de la venta para tomar el fresco, y al ver a los muchachos jugando quiso entrar en la partida. Los dos amigos le acogieron de mil amores. En menos de media hora le ganaron doce reales y veintidós maravedís, que fueron para el arriero como doce lanzadas y veintidós disgustos. Creyendo que dos muchachos tan jóvenes no podrían defenderse, el hombre intentó quitarles el dinero, pero los dos amigos echaron mano al cuchillo y a la espada. Si sus compañeros no hubieran salido en aquel momento, el arriero lo habría pasado mal.

Unos viajeros que pasaban a caballo intervinieron para poner paz en la trifulca.

—Nosotros vamos a Sevilla —les dijo uno de ellos a los muchachos, que le habían caído en gracia—. No tenemos criados. ¿Queréis venir con nosotros?

—Allá iremos —respondió Rincón—, y serviremos

a vuestas mercedes en todo lo que nos manden.

Sin pensárselo dos veces, se hicieron cargo de las mulas de los viajeros y se fueron con ellos, dejando al arriero con un palmo de narices, y a la ventera, que había escuchado su conversación sin que los muchachos se dieran cuenta, admirada de su inteligencia y de sus buenos modales.

Cuando la mujer le contó al arriero que la baraja estaba trucada, este montó en cólera y se puso a tirarse de la barba y a gritar que iría tras ellos para darles su merecido.

—No seas tonto —le dijo uno de sus compañeros—. ¿Quieres que todo el mundo se ría de ti? Eso es lo que pasará si la gente se entera de que dos muchachos se han burlado de un hombretón como tú.

62

Cortado y Rincón estaban ya lejos de allí. Tanto se esforzaron en servir a los viajeros que estos les dejaron ir montados en las mulas la mayor parte del tiempo. Más de una vez sintieron la tentación de meter la mano en su equipaje, pero se contuvieron para no perder una ocasión tan buena de viajar a una ciudad como Sevilla, donde sin duda les esperaban grandes aventuras.

Sin embargo, cuando por fin llegaron a aquella gran ciudad, Cortado ya no pudo contenerse más. Mientras cruzaban la puerta de la Aduana, rasgó con su cuchillo la maleta de uno de los viajeros y sacó sigilosamente de ella dos camisas muy buenas, un reloj de sol y un

cuadernillo. Antes de que los viajeros pudieran darse cuenta del hurto, los dos amigos se despidieron de ellos. Vendieron las camisas por veinte reales en el mercadillo de la puerta del Arenal y luego se fueron a recorrer la ciudad.

Admiraron la grandeza y majestuosidad de la catedral y la gran muchedumbre que se había reunido junto al río. Había seis galeras en el Guadalquivir. Al verlas, los dos amigos suspiraron. Sabían muy bien que a los delincuentes se les condenaba a remar en ellas de por vida.

Vieron a algunos muchachos de su edad que iban y venían cargados con grandes cestas llenas de alimentos. Le preguntaron a uno de ellos qué oficio era aquél y si estaba contento con él.

—Nos llaman mozos de la esportilla, porque ese es el nombre de estas cestas —respondió el muchacho, que era asturiano—. En ellas le llevamos a la gente su compra a casa. Yo no tengo queja de este oficio. No es cansado, no tienes un amo fijo al que rendir cuentas y puedes sacar hasta cinco o seis reales diarios.

Los dos amigos estuvieron de acuerdo en que no parecía un mal trabajo. Sobre todo, les vendría de perlas para dedicarse a lo que de verdad les interesaba, pues los esportilleros entraban en las casas ajenas sin despertar sospechas.

Le preguntaron al asturiano dónde podían comprar las cosas necesarias, y él mismo los acompañó a

una tienda. Allí, con el dinero que les habían dado por las camisas, compraron seis espuertas. El asturiano les explicó dónde debían ofrecer sus servicios: por las mañanas, en la Carnicería y en la plaza de San Salvador; por las tardes, en el río; los días de pescado, en la Pescadería y en la Costanilla, y los jueves, en la Feria.

Al día siguiente, con la lección bien aprendida, se presentaron en la plaza de San Salvador. Enseguida los rodearon otros esportilleros para hacerles mil preguntas, a las que respondieron con paciencia y educación. Luego se les acercaron un sacristán y un soldado, atraídos por lo limpias que estaban las espuertas de los dos novatos. El sacristán llamó a Cortado, y el soldado a Rincón.

64

—Hoy he cobrado mi paga —dijo el soldado—, y quiero ofrecerles un banquete a las amigas de mi dama.

—Pues llene vuesa merced la espuerta a su gusto —respondió Rincón—, que tengo ánimo y fuerzas para llevarme toda la plaza. Si además hace falta que le ayude a guisar, lo haré encantado.

Al soldado le agradó la respuesta, y le preguntó a Rincón si quería dejar aquel oficio para ser su criado.

—Es mi primer día —respondió el muchacho—, y no querría dejarlo hasta ver lo que tiene de malo y de bueno. Pero si veo que no me gusta, le doy mi palabra a vuesa merced de que le serviré antes que a cualquier otro amo.

El soldado sonrió y se puso a recorrer los puestos de la plaza. Rincón fue cargándolo todo en sus espaldas, y luego lo llevó a casa de la dama. El soldado quedó muy satisfecho, le dio tres monedas y le prometió que contaría de nuevo con sus servicios.

Cuando Rincón volvió a la plaza, encontró allí a Cortado. Le enseñó los tres cuartos.

—Y a ti, ¿cómo te ha ido? —le preguntó.

Cortado metió una mano debajo de su camisa y sacó una bolsa bien repleta.

—Su reverencia el sacristán me ha pagado con dos cuartos y esta bolsa. Tómala tú, por lo que pueda suceder.

Le dio la bolsa a Rincón. Un instante después el sacristán se presentó en la plaza muy sofocado. Fue hasta donde los dos amigos se hallaban y le preguntó a Cortado si no había visto una bolsa que le faltaba, en la que llevaba quince escudos de oro, tres reales y un buen montón de maravedís.

—Digo yo que la bolsa no se habrá perdido sola —respondió Cortado muy tranquilo—. A lo mejor es que vuesa merced no ha tenido cuidado con ella.

—¡Eso ha sido, pecador de mí! —se lamentó el sacristán—. ¡He debido de descuidarme y me la han robado!

—Lo mismo pienso yo —dijo Cortado—. Pero para todo hay remedio, menos para la muerte. Lo mejor que puede hacer vuesa merced es tener paciencia,

pues a lo mejor el que se llevó la bolsa luego se arrepiente y se la devuelve perfumada.

—¿Y para qué la quiero yo perfumada? —chilló el sacristán—. Decidme, mozos, si sabéis algo, y si no, quedad con Dios.

El sacristán se sacó de la faltriquera un pañuelo de encaje para quitarse el sudor que le bañaba la cara. En cuanto Cortado lo vio, decidió que aquel pañuelo también tenía que ser suyo.

66 Siguió al sacristán, que ya se iba, lo llamó y se lo llevó a un rincón de la plaza. Allí empezó a decirle tantos disparates acerca de la desaparición de la bolsa que el sacristán se quedó boquiabierto. Mientras hablaba, Cortado le miraba tan fijamente a los ojos que el sacristán no podía apartar los suyos, y así, sin que el pobre hombre se diera cuenta, le sacó el pañuelo de la faltriquera.

—Venga otro día a este mismo lugar —le dijo Cortado al despedirse—. Sospecho que la bolsa la ha cogido un muchacho de mi mismo oficio y estatura, que es un poco ladroncillo. Ya le daré noticias a vuestra merced.

Más consolado, el sacristán se despidió. Cortado fue a reunirse con Rincón, que le había visto hurtar el pañuelo. También lo vio otro sportillero. El muchacho se les acercó y les preguntó:

—Eh, vosotros, decidme, ¿sois de mala entrada, o no?

—No te entendemos —respondió Rincón.

—¿No *entreven*, señores *murcios*?

—No somos de Teba ni de Murcia —dijo Cortado—. Si quieres algo, dilo, y si no, vete con Dios.

—¿Que no me entendéis? Quiero decir si sois ladrones. Pero no sé por qué os lo pregunto, pues ya sé que lo sois. Decidme, ¿cómo es que no habéis pasado por la aduana del señor Monipodio?

—¿Es que en esta tierra los ladrones tienen que pasar por la aduana? —preguntó Rincón, muy sorprendido.

—Por lo menos tienen que presentarse ante el señor Monipodio. Os aconsejo que vengáis conmigo. Si no, no os atreváis a hurtar sin su permiso, porque os costará caro.

—Yo creía que robar era un oficio libre de aduanas y de impuestos —dijo Cortado—. Pero si ésa es aquí la costumbre, la seguiremos. Guíanos a donde está ese caballero, que sin duda debe de ser hábil en el oficio.

—¡Vaya que si es hábil! —respondió el mozo—. En los cuatro años que lleva siendo jefe y padre de nuestra cofradía, solo cuatro de los nuestros han sufrido en el *finibusterre*, unos treinta *envesados* y sesenta y dos en *gurapas*.

—La verdad, amigo —dijo Rincón—, entendemos tanto esos nombres como de volar.

—Echemos a andar —respondió el mozo—, que por el camino os los iré explicando, así como otros que más os vale saber.

Y así, el muchacho les fue explicando aquellas palabras de la germanía, que era el modo de hablar de los ladrones y otras gentes de mala vida. *Finibusterre* era el nombre que le daban a la horca, *envesar* quería decir azotar, y las *gurapas* eran las galeras en las que se condenaba a remar a los delincuentes.

—¿Eres ladrón? —le preguntó Rincón a su guía por el camino.

—Sí, para servir a Dios y a las buenas gentes. Aunque aún no tengo mucha experiencia. Todavía estoy en el año de noviciado.

68

—Nunca había oído decir que hubiera ladrones para servir a Dios y a la buena gente —comentó Cortado.

—Yo no sé nada de teología —respondió el muchacho—, pero sí sé que cada uno en su oficio puede servir a Dios, y más con las órdenes que nos ha dado Monipodio, que son santas y buenas. De todo lo que robemos debemos dar una limosna para el aceite de una imagen a la que tenemos mucha devoción. Todos rezamos el rosario, y del mismo modo que los buenos cristianos no comen carne en viernes, ese día nosotros tampoco robamos.

—¿Y solo con cumplir esas órdenes pensáis que vuestra vida es santa y buena? —preguntó Cortado.

—¿Y qué tiene de mala? —replicó el mozo—. ¿No hay cosas peores que robar?

—Pero no por eso robar deja de ser malo —respondió Cortado—. En fin, ya que nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, alarga el paso, que me muero de ganas de conocer al señor Monipodio.

—Ya hemos llegado —dijo el mozo—. Quedaos en la puerta y yo entraré a ver si está desocupado, pues esta es la hora a la que suele dar audiencia.

El ladronzuelo se adelantó y entró en una casa de mala apariencia. Al poco rato salió, llamó a los dos amigos y los hizo pasar a un pequeño patio enladrillado. A un lado había un banco con solo tres patas, al otro un cántaro y un jarrillo con el borde roto, y en el medio una maceta de albahaca.

Mientras esperaban a que Monipodio bajase, Rincón se asomó a una de las dos pequeñas salas que daban al patio. Adosada a la pared del fondo había una imagen de la Virgen muy tosca. Debajo de ella se veía un cestillo de paja y, encajada en la pared, una pequeña jofaina de las que se usan para lavarse las manos. El cestillo servía para depositar limosnas, y la jofaina, como recipiente para el agua bendita.

En ese momento entraron en la casa dos jóvenes vestidos de estudiantes y, poco después, dos mozos de la sportilla y un ciego. Sin hablar entre ellos, se pusieron a pasear por el patio.

Luego entraron dos ancianos de venerable aspecto, con anteojos en la cara y rosarios en la mano, y una vieja que se dirigió a la sala, tomó agua bendita de la jofaina y se arrodilló ante la imagen. Después besó tres veces el suelo, alzó otras tantas los brazos y los ojos, se levantó y salió con los demás al patio.

También entraron dos mozos con aspecto de matones. Llevaban enormes mostachos, sombreros de ala ancha, espadas más largas de lo permitido por la ley y dos pistolones a la cintura. Nada más entrar, miraron con desconfianza a Cortado y a Rincón, se les acercaron y les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y que tendrían mucho gusto en servirles en lo que mandaran, con lo que los dos matones parecieron satisfechos.

70

En eso bajó al patio el señor Monipodio, y toda aquella gente, que le estaba aguardando, lo recibió con una larga y profunda reverencia. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, moreno, cejijunto y barbinegro. Su aspecto era muy desaliñado. Por la abertura de su camisa asomaba un bosque de vello. Llevaba una capa que le caía hasta los pies, en los que calzaba unas chanclas. Se cubría las piernas con unos calzones anchos y pasados de moda, y la cabeza con un sombrero acampanado de ala caída. Una espada ancha y corta le colgaba del hombro, sujeta a una tira de cuero.



Sus manos eran cortas y peludas; los dedos, muy gordos, y las uñas, anchas y romas. Las piernas no se le veían, pero los pies eran descomunales. Parecía el bárbaro más feo y grotesco del mundo. Con él bajó el muchacho que había guiado a Cortado y Rincón hasta la casa. Se los presentó a Monipodio, diciéndole:

—Estos son los dos muchachos que le dije, señor Monipodio. Examínelos, y verá cómo son dignos de entrar en nuestra cofradía.

—Lo haré con mucho gusto —respondió Monipodio.

Con una señal, les indicó a Cortado y a Rincón que lo acompañasen y se puso a pasear por el patio. Les preguntó por su oficio, su lugar de nacimiento y sus padres.

72

—El oficio se lo hemos dicho —respondió Rincón— solo con presentarnos ante vuestra merced. En cuanto a nuestro pueblo y nuestros padres, no creo que importe mucho saberlos.

—Tienes razón, hijo mío —dijo Monipodio—, y haces bien en callar su nombre, porque si las cosas no salieran como deben, no estaría bien que un escribano tuviera que anotar un día: «Fulano, hijo de Fulano, natural de tal lugar, fue ahorcado o azotado tal día». No, eso no sonaría bien, por lo menos al oído de la buena gente. Aunque entre nosotros no debe haber secretos, por ahora me basta con saber vuestros nombres.

Rincón le dijo el suyo y Cortado también.

—Pues de ahora en adelante —replicó Monipodio—, es mi voluntad que tú, Rincón, te llames Rinconete, y tú, Cortado, Cortadillo. Son nombres que cuadran muy bien a vuestra edad y a las costumbres de nuestra cofradía. Pero ahora debéis decirme el nombre de vuestros padres, pues todos los años tenemos la costumbre de encargar una misa de adversario, con popa y soledad, por el alma de nuestros difuntos.

—Qué zoquete —le susurró Cortadillo a Rinconete—. Querrá decir misa de aniversario, con pompa y solemnidad.

Rinconete le dio un codazo a su amigo.

—Me parece una muestra de respeto digna de elogio —le dijo a Monipodio—. Pero nuestros padres todavía viven, gracias a Dios. Si algún día faltaran, ya se lo haríamos saber a esta cofradía, para que se les haga ese adversario que vuesa merced dice.

—Así se hará, o no quedará un solo pedazo de mí —respondió Monipodio.

Luego llamó al muchacho que les había servido de guía y le dijo:

—Ven acá, Ganchuelo. ¿Se han colocado ya los centinelas?

—Sí —respondió el muchacho—. Los tres están ya en su puesto, así que no hay que temer que nadie nos sorprenda.

—Ahora, hijos —dijo Monipodio, volviendo a su conversación con los dos amigos—, quisiera que me dijerais lo que sabéis hacer, para daros un puesto acorde con vuestros gustos y vuestra habilidad.

—Yo juego muy bien a las cartas —respondió Rinconete—, y conozco unas cuantas trampas. He aprendido a guardarme una carta entre la ropa para sacarla en el mejor momento. También sé marcar los naipes de mil maneras para reconocerlos. Y se me da muy bien dejarme ganar al principio para que los otros jugadores se confíen.

—Esas son trampas muy viejas —replicó Monipodio— y solo sirven para engañar a algún incauto. Pero no está mal para empezar. Estoy seguro de que con media docena de lecciones en mi academia llegarás a ser un maestro del *floreo*, que es como le llamamos a hacer trampas con las cartas. Y tú, Cortadillo, ¿qué sabes hacer?

—Soy muy hábil con los dedos. Me bastan dos para dejar una bolsa vacía. Y no tengo rival en aligerar con mis tijeras a la gente del peso de sus faltriqueras.

—Ah, entonces eres un *bajón*. ¿Sabes algo más?

—No, lo siento.

—No te aflijas, hijo —replicó Monipodio—, pues has llegado a una escuela en la que aprenderás cosas muy provechosas. Y de valor, ¿cómo andáis los dos?

—Tenemos el necesario para llevar a cabo cualquier tarea que vuesa merced nos encomiende,

siempre que tenga que ver con nuestro oficio —respondió Rinconete.

—No hace falta que digáis más —dijo Monipodio—. Vuestras palabras me convencen, me persuaden, me obligan y me fuerzan a aceptaros como miembros de esta cofradía sin que tengáis que cumplir el año de noviciado.

Los demás miembros de la cofradía de ladrones asintieron a aquellas palabras, pues el aspecto y modo de hablar de los dos amigos les habían gustado mucho.

Entonces llegó un muchacho corriendo y sin aliento y dijo:

—El alguacil de los vagabundos viene hacia aquí.

—Que nadie se alborote —dijo Monipodio—. Es amigo y nunca nos ha hecho mal. Yo hablaré con él.

Salió a la puerta y estuvo un raro hablando con el alguacil. Luego volvió a entrar en la casa y preguntó:

—¿A quién le tocó hoy la plaza de San Salvador?

—A mí —respondió Ganchuelo.

—¿Y cómo es que no se me ha dicho nada de una bolsa con quince escudos de oro, tres reales y no sé cuántos maravedís que desapareció allí esta mañana?

—Verdad es que desapareció —respondió Ganchuelo—, pero yo no la cogí, y tampoco sé quién pudo hacerlo.

—¡A mí no me engaña nadie! —tronó Monipodio—. ¡La bolsa tiene que aparecer, pues la pide el

alguacil, que es nuestro amigo y nos hace mil favores al año!

El esportillero juró que no sabía nada de la bolsa. Monipodio estaba tan enojado que parecía echar fuego por los ojos.

—¡Si alguien piensa que puede burlarse de mí e incumplir las reglas de nuestra cofradía, es que no sabe que se juega la vida! La bolsa debe aparecer inmediatamente. Si el que la ha cogido pretende quedarse lo que le corresponde a la cofradía, que lo diga, y yo mismo le daré su parte y pondré lo demás de mis propios bienes, pero el alguacil debe irse contento.

76 Ganchuelo volvió a jurar que no había cogido la bolsa y que ni siquiera la había visto. El enfado de Monipodio era cada vez mayor, y los demás ladrones empezaron a quejarse de aquella falta de respeto a las reglas de la cofradía.

Al ver que los ánimos estaban cada vez más caldeados, Rinconete le susurró unas palabras al oído a Cortadillo. Después sacó la bolsa del sacristán y dijo:

—Tranquílícense vuestas mercedes, que aquí está la bolsa. No falta un solo cuarto. Fue mi camarada Cortadillo quien la pescó, junto con un pañuelo perteneciente al mismo dueño.

Su compañero sacó entonces el pañuelo y se lo mostró a los ladrones.

—Que Cortadillo, al que desde ahora llamaremos todos *el Bueno*, se quede con el pañuelo —dijo

Monipodio—. Yo le daré la parte que le corresponde, pero la bolsa hay que devolvérsela intacta a su dueño, pues es pariente del alguacil, y como ya os he dicho, nos hace en un solo día más favores de los que podríamos pagarle en un año.

Todos estuvieron de acuerdo con la decisión de su jefe. Monipodio salió a darle la bolsa al alguacil. Volvió a entrar acompañado por dos mozas tan maquilladas y desvergonzadas que era fácil adivinar cómo se ganaban la vida. En cuanto las vieron entrar en el patio, los dos matones corrieron a abrazarlas.

—¿Habéis traído algo para mojar el gaznate? —les preguntó uno de ellos, al que apodaban Maniferro porque llevaba una mano de hierro en lugar de la que le habían cortado por ladrón.

—¿Cómo no íbamos a traerlo, espadachín mío? —respondió una de las mozas, a la que llamaban la Gananciosa—. No tardará en llegar tu criado Silbatín con lo que hemos sacado hoy.

En efecto, el criado llegó poco después con una canasta de hacer la colada cubierta con una sábana. Monipodio mandó extender una estera en medio del patio.

—Sentémonos para matar el hambre y echar un trago —les dijo a los demás—. Luego hablaremos de nuestros asuntos.

—Monipodio, hijo —dijo la vieja que había estado rezando ante la imagen—, yo ya no estoy para

fiestas, y antes de mediodía tengo que ir a poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de San Agustín. He venido porque anoche el Renegado y el Ciempiés vinieron a mi casa con una canasta como esta, de la que acababan de apoderarse. Los pobres llegaron sudorosos y jadeando, porque iban detrás de un ganadero que acababa de vender unos carneros para ver si podían quitarle la bolsa. Me pidieron que les guardara la canasta, pues saben que pueden fiarse de mí. Juro que ni la he tocado ni sé lo que hay en ella, y que Dios nos libre a todos de la justicia.

78

—Nadie pone en duda su honradez, señora Pipota —respondió Monipodio—. Luego iré a ver el contenido de esa canasta y le daré a cada uno la parte que le toca, como es mi costumbre.

—Sea como ordenáis, hijo —contestó la vieja—. Pero se me está haciendo tarde. Dadme un traguillo, si tenéis, para consolarme el estómago, que anda desmayado.

—¡Eso está hecho, señora Pipota! —dijo la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Sacó de la canasta una bota de vino, llenó un vaso y se lo puso en las manos a la vieja.

—Mucho vino has echado, hija —dijo la vieja—, pero Dios nos dará fuerza para todo.

Sopló un poco de espuma que se había formado

en el vaso y, llevándoselo a los labios, lo vació de un tirón.

—Es de Guadalcanal y sabe un poquito a yeso, pero no está mal. Hija, que Dios te consuele como me has consolado tú a mí. Mirad, niñas, si tenéis algún cuarto para comprar candelicas para los santos, porque con las prisas no he cogido dinero.

—Yo sí tengo, señora Pipota. Tenga dos cuartos. Compre también una candelica para mí y póngasela a San Miguel, y si da para otra, póngasela a San Blas —dijo la Gananciosa.

—Haces muy bien, hija, pues es muy importante poner candelas a los santos.

La Escalanta le dio otro cuarto y le encargó que pusiese otras dos candelicas a los santos que le parecieran más provechosos y agradecidos.

—Adiós, hijos míos —les dijo la vieja a todos—. Encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo haré lo mismo con vosotros, para que nos permita seguir ejerciendo nuestro peligroso oficio sin sobresaltos con la justicia.

La Pipota se marchó, y la Escalanta retiró la sábana que cubría la canasta y la extendió sobre la estera para que sirviera de mantel. Sacó de la cesta un manojo de rábanos, dos docenas de naranjas y limones, una cazuela de bacalao frito, medio queso, aceitunas, camarones, cangrejos y tres hogazas de pan. Eran por lo menos quince personas las que se juntaron para el

almuerzo, y ninguna dejó se sacar su cuchillo, salvo Rinconete, que echó mano a su espada. Ganchuelo y los dos viejos se ocuparon de escanciar el vino.

Apenas acababan de lanzarse al asalto de las naranjas cuando unos golpes en la puerta les dieron a todos un gran sobresalto. Monipodio les dijo a los demás que se tranquilizaran. Puso la mano en la empuñadura de la espada, se acercó a la puerta y, ahuecando la voz, preguntó:

—¿Quién llama?

—Soy yo, señor Monipodio —respondieron del otro lado—, Tagarete. Estoy de centinela desde esta mañana. Vengo a decir que ahí llega Juliana la Cariharta, toda llorosa y desgredada como si le hubiera sucedido algún desastre.

80

Se oyeron unos sollozos. Monipodio abrió la puerta y le dijo al centinela que volviera a su puesto y que la próxima vez les avisara con menos estruendo.

Entró la Cariharta, una moza del mismo aspecto y oficio que las otras. Venía con el cabello desgredado y llena de moratones. En cuanto entró en el patio, se desvaneció. La Gananciosa y la Escalanta acudieron en su ayuda. Le echaron agua en el rostro y la moza volvió en sí.

—¡Que la justicia de Dios y del Rey caiga sobre ese ladrón desuellacaros, ese pícaro lleno de liendres! ¡Mirad por quién he perdido y gastado mi juventud! ¡Por un bellaco desalmado, por un facineroso!



—Sosiégate, Cariharta —le dijo Monipodio—, que aquí estoy yo para hacerte justicia. Dime si te ha ocurrido algo con tu amado, que si así ha sido, más tardarás tú en contarlo que yo en vengarte.

—¿Mi amado decís, señor Monipodio? —respondió la moza—. ¿Cómo se puede amar a alguien capaz de dejarme así?

Se levantó la falda hasta más arriba de las rodillas y mostró las piernas llenas de cardenales.

—Así me ha dejado el ingrato del Repolido, a mí, que lo he salvado de la horca más veces que pelos tiene en la barba. Y todo porque, como estaba jugando a las cartas y perdiendo, mandó a su criado a pedirme treinta reales. Yo solo tenía veinticuatro, pero se los di. Repolido debió de pensar que tenía más y que le engañaba, así que esta mañana me llevó al campo, y allí, entre unos olivos, me dio tantos azotes con su correa que me dejó medio muerta.

82

La Cariharta se puso a gritar otra vez pidiendo justicia, y de nuevo se la prometió Monipodio.

La Gananciosa tomó la mano de la moza e intentó consolarla.

—Confíesame una cosa —le dijo—. Después de azotarte, ¿te hizo alguna caricia ese bellaco?

—¿Una? —respondió la Cariharta—. Cien mil me hizo, y hasta me parece que casi se le saltaban las lágrimas.

—Así es esa clase de hombres —replicó la

Ganaciosa—. Ya verás cómo viene a buscarte antes de que nos vayamos, humilde como un cordero.

—Pues ese cobarde no entrará por esa puerta si antes no confiesa públicamente su arrepentimiento —dijo Monipodio.

Esas palabras tranquilizaron a la moza, que se enjugó las lágrimas y se sentó a comer con los demás. Entre todos dieron buena cuenta del contenido de la bota y de la canasta. Los dos viejos pidieron entonces permiso para retirarse, y Monipodio se lo concedió después de recordarles que debían informarle de todo aquello que pudiera ser útil y conveniente para la cofradía.

Rinconete, que era muy curioso, le preguntó a Monipodio qué servicio podían prestar aquellos dos personajes de aspecto tan venerable.

—Los llamamos *avispones* —respondió el jefe de la cofradía—, porque pasean durante todo el día por la ciudad avisponando o, lo que es lo mismo, fijándose en qué casas se puede dar un golpe por la noche, o en quiénes han sacado dinero de la Casa de la Contratación o de la Casa de la Moneda y adónde lo llevan. Tantean el grosor de los muros y buscan el lugar mejor para hacer los *guzpátaros*, o, para que me entiendas, los agujeros. Son gente muy útil a la cofradía, y por ello se llevan, como se lleva el Rey de los tesoros que encuentra la gente, la quinta parte de lo que robamos. Por lo demás, son personas muy honradas y muy devotas.

Acababa de decir estas palabras cuando volvieron a llamar a la puerta. Monipodio se acercó a ver quién era.

—Abra vuesa merced, señor Monipodio —dijeron desde fuera—, que soy el Repolido.

Al ver que Monipodio abría la puerta, la Cariharta se levantó corriendo y se metió en una de las salas que daban al patio, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Quítenme de delante a ese verdugo de inocentes, a ese atemorizador de palomas! —gritaba desde dentro.

Repolido quería entrar en la sala, pero Maniferro y Quiquiznaque se lo impedían.

84

—¡No te enojés, niña mía! —decía Repolido—. ¡Te prometo que me casaré contigo!

—¿Casarte tú conmigo? ¡Antes me casaría con un esqueleto!

—Oye, ya está bien. No vayas a crecerte por verme tan manso. Como me enfade de verdad, será todavía peor.

—¡Anda, y que el diablo te lleve donde mis ojos no puedan verte!

—¿Lo estáis oyendo? —les preguntó Repolido a los demás—. ¡Por Dios que me dan ganas de hacer un disparate!

—No consentiré que nadie pierda los estribos en mi casa —dijo Monipodio—. La Cariharta saldrá,

pero no por amenazas, sino por darme gusto. ¡Niña, sal fuera, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas!

—Si de lo que se trata es de humillarme ante los demás —dijo Repolido—, ni un ejército de turcos me obligará a arrodillarme. Pero si es por la Cariharta, no solo hincaré las rodillas, sino hasta un clavo me hincaré en la frente por su amor.

Al oír esto último, Chiquiznaque y Maniferro no pudieron contener la risa. Repolido se lo tomó muy mal.

—Si alguien vuelve a reírse de lo que la Cariharta o yo hayamos dicho o digamos, se las tendrá que ver conmigo.

Chiquiznaque y Maniferro cruzaron una mirada tan siniestra que Monipodio se dio cuenta de que aquello podía acabar mal.

—Que la cosa no vaya más lejos —les dijo a los tres matones, interponiéndose entre ellos—. Lo que hasta ahora se ha dicho no es motivo para desenvainar la espada.

—Estamos seguros de que lo que ha dicho Repolido no iba por nosotros —respondió Chiquiznaque—, porque si así lo hubiéramos pensado, en manos está el pandero que lo sabrían tocar bien.

—Aquí también tenemos pandero, señor Chiquiznaque —replicó Repolido—, y si hiciera falta,

también sabríamos tocar los cascabeles. Y si alguien piensa otra cosa, sígame, y se encontrará con un palmo de espada metido en el cuerpo.

Repolido echó a andar hacia la puerta. En ese momento la Cariharta salió de la sala gritando:

—¡Vuelve acá, valentón mío! ¡Detenedle, que si no hará de las suyas!

La moza corrió detrás de Repolido y le sujetó de la capa. Monipodio acudió en su ayuda, y entre los dos convencieron al matón de que debía reconciliarse con los otros.

Repolido se acercó a Chiquiznaque y Maniferro y les dijo:

86

—Los amigos no deben hacer que se enfaden los amigos, ni burlarse de los amigos, y menos cuando ven que están enojados los amigos.

—No hay aquí ningún amigo que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo —respondió Maniferro—. Y puesto que aquí todos somos amigos, dense las manos los amigos.

Así lo hicieron. Entonces la Escalanta se quitó un zapato y empezó a golpearlo como si fuera un pandero. La Gananciosa tomó una escoba y, rascándola, sacó de ella un son que concertaba con el del zapato. Monipodio rompió un plato y usó dos pedazos como castañuelas.

—Ea —les dijo a las mozas—, cantad algunas seguidillas.

La Escalanta se arrancó con una bonita voz, cantando:

Por un sevillano rufo y valentón
tengo socarrado todo el corazón.

La Gananciosa le siguió, cantando:

Por un morenico de color verde,
¿cuál es la morena que no se pierde?

Luego cantó Monipodio, tocando aun más rápido las improvisadas castañuelas:

Riñen dos amantes, hacese la paz:
si el enojo es grande, es el gusto más.

87

La Cariharta no quiso quedarse callada. También ella convirtió uno de sus zapatos en pandero, y mientras lo tocaba, cantó:

Detente, enojado, no me azotes más,
que si bien lo miras, a tus carnes das.

—No hay por qué cantar historias pasadas —dijo Repolido—, que lo pasado, pasado está.

En eso llamaron a la puerta con varios golpes muy seguidos. Monipodio salió a ver de quién se trataba

esta vez. Era Tagarete de nuevo. Venía a avisar de que por un extremo de la calle había aparecido un alguacil con dos de sus hombres.

Al oír aquello, los de dentro se alborotaron como una bandada de palomas asustadas por un disparo. Monipodio dejó sus castañuelas, la Gananciosa su escoba, y la Escalanta y la Cariharta se calzaron sus zapatos al revés. Unos por un lado y otros por otro, corrieron todos hacia los tejados y la azotea para escapar por allí. En el patio solo se quedaron Rinconete y Cortadillo, pues no sabían qué hacer. Pero el revuelo cesó enseguida, pues el centinela regresó para comunicar que el alguacil había pasado de largo.

88

Mientras Monipodio hablaba con el centinela, llegó un joven caballero bien vestido. Monipodio le hizo pasar y mandó bajar a Maniferro y a Chiquiznaque.

Rinconete y Cortadillo pudieron oír cómo el recién llegado se quejaba de lo mal que se había cumplido su encargo.

—Aún no sé qué se ha hecho —le respondió Monipodio. Y viendo que Chiquiznaque ya bajaba, le preguntó—: ¿Has cumplido ya la cuchillada de catorce puntos que se te encomendó?

—¿Cuál? —preguntó a su vez el matón—. ¿La del mercader de la encrucijada?

—Ésa es —respondió el caballero.

—Anoche lo esperé a la puerta de su casa —dijo Chiquiznaque—. Cuando lo vi venir, me di cuenta

de que tenía una cara tan pequeña que era imposible que en ella cupiera una cuchillada de catorce puntos, y al ver que no podía cumplir mis destrucciones...

—Vuesa merced querrá decir instrucciones —le interrumpió el caballero.

—Eso quise decir. Al ver que en ese rostro no habían los puntos propuestos, se los di a un criado suyo, en cuya cara había espacio de sobra.

—Preferiría que le hubierais dado siete puntos al amo que esos catorce a su criado —dijo el caballero—. Ya os he dicho que el encargo no se ha cumplido. Pero en fin, no lamentaré demasiado haber perdido los treinta ducados que dejé como señal. Beso las manos a vuestas mercedes.

89

Saludó con el sombrero y se dio la vuelta para irse, pero Monipodio lo agarró de la capa.

—Deténgase vuesa merced y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra. No saldrá de aquí sin darnos los veinte ducados que faltan.

—¿Y a dar la cuchillada al criado en lugar de al amo llamáis cumplir vuestra palabra? —protestó el caballero.

—Parece que el señor no se acuerda de aquel refrán que dice: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can», dijo Chiquiznaque.

—¿Y a qué cuento viene ese refrán? —replicó el caballero.

—¿No es lo mismo decir: «Quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can»? Pues aquí Beltrán es el mercader, vuesa merced le quiere mal, el can es su criado, dando al can se da a Beltrán, y ya no queda más que pagar por el encargo cumplido.

—Así es —dijo Monipodio—. Chiquiznaque, me lo has quitado de la boca. Y vos, señor galán, no discutáis por minucias y seguid mi consejo: pagad por lo que ya ha sido hecho, y si queréis que se le dé otra cuchillada al amo, encargadla de una cantidad que le quepa en el rostro.

—Si así lo hacéis —respondió el caballero—, de muy buena gana pagaré las dos. Tomad esta cadena como garantía de los veinte ducados que debo y de los cuarenta que ofrezco por la futura cuchillada.

Chiquiznaque prometió cumplir el encargo aquella misma noche, y el caballero se marchó muy contento. Entonces Monipodio mandó bajar a los que aún seguían arriba. Cuando todos se reunieron en el patio, se puso en medio, sacó de la capucha de su capa un cuadernillo y se lo dio a Rinconete.

—Lee tú, hijo —le dijo—, que yo no sé leer.

Rinconete abrió el cuadernillo y leyó en la primera página:

«Lista de las cuchilladas que se han de dar esta semana. La primera, al mercader de la encrucijada: cincuenta escudos. Treinta recibidos a cuenta. Ejecutor: Chiquiznaque».

—Creo que no hay más —dijo Monipodio—. Sigue leyendo, hijo, y mira dónde dice: «Memoria de palos».

Rinconete pasó la hoja y leyó:

«Al bodegonero de la Alfalfa, doce palos gordos a un escudo cada uno. Recibidos a cuenta ocho. Plazo, seis días. Ejecutor: Maniferro».

—Esa anotación se puede borrar —dijo el matón—, porque pienso dárselos esta noche.

—¿Hay más, mocito? —preguntó Monipodio.

—No, señor —respondió Rinconete.

—Pues pasa adelante y mira donde pone: «Lista de agravios comunes».

Rinconete pasó la hoja y en la siguiente leyó: «Lista de agravios comunes, es decir, burlas, difamaciones, sustos, cuchilladas fingidas, etc.».

—¿Qué dice más abajo? —preguntó Monipodio.

—Aquí dice: «clavazón de cuernos en casa de»...

—No leas la casa —le interrumpió Monipodio—, que bastante ofensivo es eso como para que encima se diga en público. Además, ya está hecho y pagado. Dame el libro, muchacho, que bien sé que no hay más encargos. La cosa está un poco floja, pero ya vendrán tiempos mejores. Que cada uno vaya ahora a su puesto. El domingo nos volveremos a reunir aquí y se repartirá lo que haya caído. A Cortadillo el Bueno y a Rinconete se les asigna el distrito que va desde la Torre del Oro hasta el postigo del Alcázar. A otros menos

hábiles los he visto sacar allí más de veinte reales al día solo con una baraja a la que, además, le faltaban cuatro naipes. Ganchoso os enseñará el distrito.

Los dos amigos le besaron la mano y prometieron esforzarse en su oficio. Monipodio sacó de su capucha un papel doblado en el que estaba escrita la lista de los cofrades y les ordenó que escribieran sus nombres en ella. Pero no había ningún tintero en la casa, así que les dio el papel y les dijo que le pidieran tinta al primer boticario que encontrasen y que anotaran: «Rinconete y Cortadillo, cofrades. Noviciado: ninguno. Rinconete, *floreo*. Cortadillo, *bajón*». No era necesario que pusieran el nombre de sus padres ni el de su pueblo.

92

Llegó entonces uno de los viejos avispones para informar de que había descubierto una casa en la que vivían dos hombres que habían hecho fortuna en las Indias. Monipodio le dio las gracias por la información, y luego repartió cuarenta reales entre los miembros de la cofradía. Abrazó a Rinconete y a Cortadillo, les dio su bendición y les recomendó, por su bien y por el de la cofradía, que nunca tuvieran alojamiento fijo.

Ganchoso acompañó a los dos amigos a sus puestos. Después de advertirles que no dejaran de acudir el domingo, porque Monipodio daría una lección muy interesante, el ladronzuelo se marchó, dejándolos admirados de todo lo que habían visto.

Rinconete se partía de risa recordando las equivocaciones que aquel hatajo de ignorantes cometían al hablar, como decir adversario en lugar de aniversario o destrucciones en vez de instrucciones. Le maravillaba que realmente pudieran creer que bastaba con rezar y poner velas a las imágenes para ir al cielo, a pesar de tantos robos, cuchilladas y quién sabe si cosas peores como habían cometido. No le maravillaba menos la obediencia y el respeto que todos tenían a un hombre tan grotesco y desalmado como Monipodio. Finalmente, le parecía increíble que una gente tan dañina pudiera vivir casi al descubierto en aquella ciudad.

Era un muchacho muy despierto, y como tenía buen fondo, decidió convencer a su amigo de que debían apresurarse a abandonar aquella vida si no querían acabar mal. Y en efecto, la abandonaron, pero solo al cabo de unos meses. Ya contaremos en otra ocasión lo que les sucedió durante ese tiempo a Rinconete y Cortadillo en la infame academia de ladrones de Monipodio.

EL LICENCIADO VIDRIERA

95

Paseando por las orillas del río Tormes, dos jóvenes caballeros, estudiantes de la universidad de Salamanca, encontraron a un muchacho de unos once años dormido debajo de un árbol. Por su ropa, parecía hijo de algún labrador pobre.

Los caballeros mandaron a su criado que lo despertara y le preguntaron de dónde era y qué hacía durmiendo en un lugar tan solitario.

—El nombre de mi tierra se me ha olvidado —respondió el muchacho—. Voy a Salamanca para servir a algún amo que a cambio quiera pagarme los estudios.

—¿Sabes leer? —le preguntó uno de los caballeros.

—Sí, señor. Y también escribir.

—Pues seguro que no es por falta de memoria por lo que se te ha olvidado el nombre de tu pueblo.

—Sea por lo que sea, nadie lo sabrá, ni tampoco el de mis padres, hasta que yo haga que ellos y mi tierra se sientan orgullosos de mí.

—¿Y cómo piensas conseguirlo? —preguntó el otro caballero.

—Con mis estudios —respondió el muchacho—. Gracias a ellos, algún día seré famoso. Nadie nace siendo sabio, y he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

A los caballeros les gustó mucho aquella respuesta, tanto que decidieron llevarse al muchacho a Salamanca y tomarlo a su servicio.

De ese modo Tomás Rodaja, que así dijo llamarse el muchacho, cambió su ropa de labrador por la capa negra de los estudiantes. Tomás demostró muy pronto sus buenas cualidades. Era capaz de servir fielmente a sus amos sin descuidar por ello los estudios. Todo el mundo le apreciaba por su inteligencia y su simpatía. Los dos caballeros le cogieron tanto cariño que al poco tiempo dejaron de considerarlo su criado y empezaron a tratarlo como a un compañero.

Ocho años estuvo Tomás con ellos. En ese tiempo estudió letras y leyes, y se hizo famoso en la universidad de Salamanca por su ingenio y por su memoria, tan prodigiosa que a veces hasta daba miedo.

Finalmente, los caballeros tuvieron que regresar a Málaga, su ciudad natal, y se llevaron consigo a Tomás. Málaga es una de las mejores ciudades de

Andalucía, y a Tomás allí no le faltaría de nada. Pero a los pocos días pidió permiso a los caballeros para volver a Salamanca, pues quería continuar sus estudios. Sus generosos amigos no solo se lo concedieron, sino que además le entregaron una bolsa con dinero suficiente para vivir durante tres años.

Tras despedirse de ellos con palabras de agradecimiento, Tomás salió de Málaga y tomó el camino de Antequera. Al bajar una cuesta se encontró con un hombre de gallarda apariencia. Era un capitán de infantería cuyo alférez andaba por Salamanca reclutando una compañía con la que debían partir primero hacia Italia y luego hacia Flandes. Cuando descubrieron que llevaban el mismo camino, Tomás y el capitán decidieron seguir viaje juntos.

—¡Ah, la vida del soldado! —le decía el capitán—. Solo nosotros conocemos la verdadera libertad. En cuanto a Italia, ¡qué belleza la de sus ciudades! ¡Qué riqueza y abundancia! Por no hablar de las hosterías y su espléndida comida. ¡Los macarrones, qué delicia!

Nada le dijo, en cambio, de las heladoras guardias nocturnas, del peligro de las batallas ni del hambre que se pasaba en los asedios. Nada, en fin, sobre lo cerca que el soldado tiene la muerte. Al capitán don Diego de Valdivia le habían gustado mucho el ingenio y la simpatía de Tomás, y quería convencerlo para que se fuese con él a Italia. Incluso le ofreció ocupar el lugar de su alférez, que pronto abandonaría la compañía.

Tomás no sabía qué responder. Le parecía buena cosa conocer otros países, pues había leído que los largos viajes hacen más sabios a los hombres. «Todavía soy muy joven», se decía a sí mismo. «Aunque pierda un par de años, aún estaré a tiempo de volver a mis estudios».

Al final se decidió a aceptar la oferta del capitán, mas solo en parte: iría con él a Italia, pero no se alistaría en su compañía. Y cuando el capitán insistió en que se alistara para cobrar al menos la paga de soldado, asegurándole que le daría permiso cuantas veces se lo pidiera, Tomás se negó.

—Eso iría contra mi conciencia y contra la vuestra, capitán.

98

—Una conciencia tan escrupulosa más parece de religioso que de soldado —respondió el capitán—. Pero bravo, muchacho. Desde hoy somos camaradas.

Pocos días después se reunieron con la compañía, y Tomás cambió sus negras ropas de estudiante por las de soldado, tan llenas de colorido, de cintas y de plumas que al mirarse en un espejo se sintió como un papagayo.

La compañía se dirigió a Cartagena, adonde llegaron demasiado pronto para el gusto de Tomás, pues todos los días encontraban por el camino cosas nuevas y agradables. Allí embarcaron en cuatro galeras y se hicieron a la mar.



La vida en aquellas casas marinas le resultó a Tomás una novedad no demasiado agradable. Las chinches, los ratones y el malhumor de los marineros eran bastante molestos, pero lo peor fueron las dos tormentas que tuvieron que soportar. Finalmente, empapados y ojerosos, llegaron a Génova. Tras desembarcar y visitar una iglesia, el capitán Valdivia llevó a sus hombres a una hostería, donde el vino y los manjares les ayudaron a olvidar los malos tragos de la travesía.

100

La compañía debía dirigirse al día siguiente hacia el norte de Italia, pero Tomás tenía otros planes. Génova le había gustado mucho. Sus calles estaban llenas de mujeres hermosas y de hombres muy gentiles. Quería conocer mejor aquel país, así que le dijo al capitán que partieran sin él. Prometió reunirse con la compañía antes de que esta se encaminara hacia Flandes.

Tomás se despidió del capitán y emprendió un viaje de varios meses por Italia. Visitó Florencia y Roma, donde besó los pies del papa, y también Nápoles, que le pareció la mejor ciudad del mundo. Viajó hasta Sicilia, y luego fue a Venecia. Tanto le gustó aquella ciudad de calles acuáticas que a punto estuvo de olvidar su promesa. Permaneció un mes en ella antes de dirigirse a Milán, donde se reunió con la compañía, que partía al día siguiente hacia Flandes.

El capitán lo recibió con los brazos abiertos. Tomás cumplió su promesa y lo acompañó a Flandes. Pasaron por Amberes, Gante y Bruselas, ciudades no menos maravillosas que las italianas. El país se preparaba para una campaña militar que comenzaría en verano, pero Tomás no tenía intención de participar en ella. Su deseo de ver mundo ya se había cumplido, y ahora deseaba volver a España para terminar sus estudios. Se despidió del capitán con gran pesar de este y regresó a Salamanca, donde fue muy bien recibido. Allí siguió con sus estudios hasta graduarse en leyes.

En aquel tiempo llegó a Salamanca una de esas damas que utilizan su belleza para vivir a costa de los demás. Sabía usarla tan bien como señuelo que siempre tenía una bandada de estudiantes revoloteando a su alrededor. Cuando Tomás se enteró de que presumía de haber estado en Italia y en Flandes, decidió visitarla para ver si la conocía. A la dama le gustó mucho Tomás, se encaprichó de él y le ofreció compartir todo lo que tenía si él le daba a cambio su amor. Pero a Tomás la dama y su dinero le traían sin cuidado, pues prefería mil veces la compañía de sus libros.

Al verse despreciada, la dama decidió recurrir a otros medios para salirse con la suya. Fue a ver a una mujer que tenía fama de hechicera y le pidió consejo. La mujer le dio un membrillo y le dijo:

—He puesto en esta fruta un poderoso hechizo que hará que ese joven se enamore perdidamente de ti.

Muy contenta, la dama hizo que unos amigos llevaran a Tomás a su casa. En cuanto los dejaron a solas, le dio a probar el membrillo.

Ningún hechizo puede hacer que una persona ame a otra a la fuerza. Sin embargo, existen hierbas y plantas venenosas que pueden debilitar la voluntad de quien las prueba, aunque en dosis mayores se convierten en un veneno mortal. Eso fue lo que la hechicera puso en el membrillo, y además en gran cantidad. En cuanto Tomás mordió la fruta, los brazos y las piernas le empezaron a temblar. El joven perdió el conocimiento y se desplomó en el suelo.

102

Cuando horas después volvió en sí, parecía medio atontado. Tartamudeando, les dijo a sus amigos que la dama había intentado envenenarle. Enviaron a la justicia en su busca, pero la mujer se había dado prisa en quitarse de en medio y nunca se la volvió a ver.

Tomás estuvo seis meses en la cama, tan enfermo que acabó quedándose en los huesos. El pobre parecía no estar en sus cabales. Al final los médicos lograron curar la enfermedad de su cuerpo. En cuanto a la cabeza, estaba claro que Tomás la había perdido.

La locura de Tomás Rodaja era la más extraña que hasta entonces se había visto. Le dio por creer que estaba hecho de vidrio. Si sus amigos intentaban acercarse a él, empezaba a gritar y a suplicar que no

lo hicieran, porque lo romperían. Y si alguno, con intención de ayudarle a recuperar la cordura, seguía acercándose y lo abrazaba, se arrojaba al suelo dando voces y acababa desmayándose.

—Habladme desde lejos —les decía a sus amigos—. Podéis preguntarme lo que queráis, y yo os responderé más sabiamente que antes, pues soy de vidrio, y el vidrio deja ver las cosas con más claridad que la carne.

Algunos quisieron comprobar si lo que decía era cierto. Le hicieron preguntas realmente difíciles, y Tomás respondió a todas con tanta rapidez y agudeza que hasta los doctores de la Universidad se quedaron pasmados.

—¿Cómo es posible —se decían— que una cabeza tan loca encierre a la vez tanta inteligencia?

Tomás ya no respondía a su nombre, ni tampoco al apellido Rodaja. Se hacía llamar licenciado Vidriera. Pidió que le buscaran una funda para proteger su cuerpo, pues temía que algún vestido demasiado estrecho lo rompiera. Le dieron una camisa muy ancha y se la puso con muchísimo cuidado, ciñéndosela con una cuerda de algodón. Se negaba a calzar zapatos. No quería comer carne ni pescado, solo fruta fresca que debían proporcionarle desde lejos con un orinal sujeto a la punta de una vara. Solo bebía en las fuentes o en el río, tomando el agua con sus manos.

Cuando salía, andaba por el medio de la calle, mirando a los tejados por temor a que le cayera encima una teja y lo rompiese. En verano dormía en el campo, a cielo abierto, y en invierno se metía en un pajar enterrándose hasta el cuello, pues decía que aquella era la cama más segura para los hombres de vidrio. Si oía truenos, se echaba a temblar y se iba al campo hasta que la tormenta pasaba.

Al principio sus amigos procuraban tenerlo encerrado, pero cuando vieron que su locura no era peligrosa le dejaron andar libremente. Cuando salía a pasear causaba admiración y lástima a todos los que lo conocían. Los niños intentaban acercarse a él, pero el licenciado Vidriera los mantenía a raya con su vara.

104

—¡Atrás! —les decía—. Soy de vidrio y podríais romperme.

Los más traviosos le arrojaban trapos e incluso piedras para comprobar si aquello era cierto, y el hombre empezaba a gritar y a agitar los brazos hasta que acudía algún adulto y espantaba a los chiquillos.

—¡Sois más pegajosos que las moscas, más sucios que las chinches, más descarados que las pulgas! —se quejaba el licenciado.

Los niños acabaron dándose cuenta de que era mucho más divertido escuchar a aquel loco que tirarle cosas. Pronto se extendió por toda Salamanca la fama del licenciado, de modo que chicos y grandes empezaron a seguirle para oír sus dichos y respuestas.

Una vez, cuando pasaba por delante de una tienda de ropa usada, la ropera se asomó a la calle y le dijo:

—Por mi alma, señor licenciado, que lamento mucho su desgracia, pero no soy capaz de llorar por ella.

Él se dio la vuelta con mucha calma y le respondió con las mismas palabras que Jesús les dijo a las mujeres de Jerusalén:

—No llores por mí, mujer, llora más bien por ti misma y por tus hijos.

Al ropero, que también se había asomado, le ofendió mucho esa respuesta, que podía hacer que la gente pensara mal de él.

—Hermano licenciado —le dijo—, tenéis más de bellaco que de loco.

—Lo mismo me da —respondió él— mientras no tenga un pelo de tonto.

A uno que le preguntó qué opinión tenía de los maestros de escuela, el licenciado respondió que sin duda debían de ser muy dichosos, pues trataban siempre con ángeles, aunque fueran ángeles mocosos. De las cortesanas decía que eran mujeres más corteses que sanas.

La noticia de la extraña locura del licenciado acabó llegando a la Corte, que por entonces se hallaba en Valladolid. Un gran señor deseoso de conocerle encargó a un caballero amigo suyo que se lo llevara.

—Señor licenciado Vidriera —le dijo el caballero—, un importante personaje de la Corte quiere veros y me envía a buscaros.

—Vuesa merced me excuse con ese señor —respondió el licenciado—, pero no soy bueno para vivir en la Corte, pues no sirvo para adular.

A pesar de sus reparos, el licenciado accedió finalmente a ir a la Corte. Trajeron dos cestas de paja de las que se usan para llevar el vidrio y otras cosas delicadas. Pusieron al licenciado en una de ellas, llenaron la otra de piedras para que sirvieran de contrapeso y colocaron ambas cestas sobre una mula, cada una a un costado.

106

Llegaron a Valladolid de noche. Llevaron al licenciado a la casa del señor que lo había hecho llamar y allí lo sacaron de la cesta.

—Sed bienvenido, señor licenciado Vidriera —le dijo el caballero—. ¿Cómo ha sido el camino?

—Cualquier camino es bueno si se acaba llegando a alguna parte, menos el que lleva a la horca.

Al caballero le gustó mucho la extraña mezcla de locura y sabiduría que había en el licenciado. Durante el tiempo que pasó en su casa le permitió pasear libremente por la ciudad, acompañado por un criado que impedía que los muchachos le molestasen.

Antes de que pasaran seis días el licenciado ya era conocido en toda Valladolid. La gente le paraba a cada paso para escuchar sus famosas respuestas.



—Con tanto ingenio —le dijo un estudiante—
¿cómo es que no sois poeta?

—Por ahora no he sido tan necio ni tan afortunado —respondió.

—No comprendo.

—Quiero decir que no he sido tan necio como para convertirme en un mal poeta, ni tan afortunado que haya merecido serlo bueno.

—¿Y por qué la mayoría de los poetas son pobres?
—le preguntó otro.

—Porque quieren. Podrían dejar de serlo si se casaran con sus amadas. Según dicen en sus poemas, todas tienen cabellos de oro, frente de plata, ojos de esmeraldas, dientes de marfil y labios de coral, así que deben de ser riquísimas.

108

Un día, al ver unos cuadros muy mal pintados, dijo que los buenos pintores imitaban a la naturaleza, pero que los malos la vomitaban.

Al encontrarse en la plaza con seis hombres a los que llevaban a azotar, le oyó anunciar al pregonero:

—Al primero, por ladrón.

Entonces el licenciado se dirigió a grandes voces a los que contemplaban en primera fila aquel triste espectáculo, diciéndoles:

—Apartaos, hermanos, no sea que la cuenta vaya a empezar por alguno de vosotros.

Un hombre le preguntó qué debía hacer para no tener envidia a nadie, y el licenciado le respondió:

—Duerme, pues mientras duermas serás igual al que envidias.

A una mujer que iba con una hija suya muy fea, pero engalanada de arriba abajo con perlas y piedras preciosas, le dijo:

—Habéis hecho muy bien en empedrar a vuestra hija, porque así se puede pasear.

A un hombre que le preguntó quién era la persona más feliz del mundo, le respondió:

—Debe de ser uno que se llama Nadie. Por eso dicen: «Nadie está contento con su suerte» y «Nadie escapa de la muerte».

En fin, decía cosas tan sensatas e ingeniosas que si no fuera por los gritos que daba cuando le tocaban o se acercaban a él, por su extraña manera de vestir, de comer y de beber, y por no querer dormir sino a cielo abierto en verano y en los pajares en invierno, parecería una de las personas más cuerdas del mundo.

Dos años duró aquella locura, hasta que un fraile de la orden de San Jerónimo, acostumbrado a tratar a los enfermos mentales, se compadeció del licenciado y decidió ocuparse de él. Gracias a su experiencia, el fraile logró devolverle la razón. Entonces lo vistió con una toga de abogado y le dijo:

—Hijo mío, ve a la Corte e intenta hacerte tan famoso por tu sensatez como has llegado a serlo por tu locura.

El licenciado decidió seguir su consejo y se encaminó a la Corte, donde, a pesar del cambio de vestimenta, la gente lo reconoció.

—¿No es ése el loco Vidriera? —dijo uno—. Pues ahora parece cuerdo.

—Quién sabe —opinó otro—. Tan loco puede estar bien como mal vestido.

—Vayamos a preguntarle algo y salgamos de dudas.

Al oír aquellas palabras, el licenciado se sintió confuso y avergonzado como no lo había estado durante su locura.

Quando llegó al patio del palacio, llevaba detrás a más de doscientas personas que acabaron rodeándolo. Entonces alzó la voz y les dijo:

—Señores, ya no soy Vidriera ni Rodaja. Ahora soy el licenciado Rueda. Una desgracia que me sucedió hizo que perdiera la razón, y la misericordia de Dios me la ha devuelto. Soy licenciado en leyes por la Universidad de Salamanca. He venido a la Corte para ejercer como abogado y ganarme la vida. Por favor, dejad de perseguirme. Venid a mi casa a preguntarme lo que antes me preguntabais por la calle, y veréis que si mis respuestas fueron buenas cuando estaba loco, mejores serán ahora que estoy cuerdo.

Al oír aquellas palabras algunos se marcharon. Cuando el licenciado volvió a su alojamiento, ya no le seguía tanta gente. Al día siguiente repitió su discurso,

pero no tuvo ningún éxito. Los que antes le habían escuchado con atención ya no tenían interés en oírle.

Pasó el tiempo, y el licenciado no conseguía ningún cliente. Viendo que así acabaría muriéndose de hambre, decidió abandonar la Corte y volverse a Flandes, donde pensaba ganarse la vida con la fuerza de su brazo, ya que no podía hacerlo con su ingenio.

—¡Adiós, Corte —dijo al partir—, que alimentas a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!

Dijo esto y se fue a Flandes. Y allí, junto a su buen amigo el capitán Valdivia, logró con las armas lo que había intentado lograr con el estudio, dejando tras su muerte fama de soldado sensato y valeroso.

Las tres narraciones que integran esta adaptación son quizá las más famosas de las doce *Novelas Ejemplares*. En «La ilustre fregona», un relato en el que casi nadie es lo que aparenta ser, un joven noble disfrazado de pícaro se enamora perdidamente de una criada de misterioso origen. En «Rinconete y Cortadillo», los dos pilluelos más simpáticos de la historia de la literatura ingresan en una cofradía de delincuentes en la que los ladrones rezan a los santos, pagan impuestos y reciben lecciones de su grotesco jefe. Por último, en «El licenciado Vidriera» conocerás a un loco a quien todos escuchan por la sensatez de sus palabras.

Las *Novelas Ejemplares* suponen, junto con el *Quijote*, una contribución decisiva a la creación de la novela moderna. En ellas se hace patente uno de los mayores logros de Cervantes: concebir la verosimilitud de un relato en términos de su propia coherencia interna, y no de su correspondencia con la realidad.

Federico Villalobos (León, 1966) es autor de numerosas novelas y adaptaciones literarias dirigidas al público infantil y juvenil.